

JULIA Y DELFINA BUNGE

HOGAR

LECTURAS ESCOLARES

PARA

SEGUNDO GRADO

APROBADO POR EL HONORABLE
CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN
CON FECHA 22 DE SETIEMBRE 1933
EN EXPEDIENTE NÚM. 10.497
EDITADO EN SETIEMBRE 1933.

1.10

HOGAR

APROBADO
POR EL H. CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN
CON FECHA 22 DE SETIEMBRE DE 1933

30.594

JULIA Y DELFINA BUNGE

O. R.
B. N. de B.

H O G A R

LECTURAS ESCOLARES

PARA

SEGUNDO GRADO

CABAUT Y C.ÍA

"LIBRERÍA DEL COLEGIO" — ALSINA Y BOLÍVAR

BUENOS AIRES

242X292



Hecho el depósito que marca
la ley número 7092.

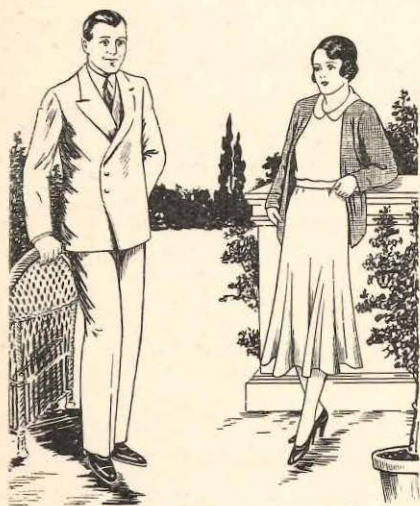
Es propiedad de las autoras.

Queda prohibida toda re-
producción.

*A la memoria de nuestro padre,
que tanto amó a los niños.*

*A la memoria de nuestros herma-
nos Carlos Octavio y Roberto,
que tanto se ocuparon en su
educación.*

EL ARCA DE NOÉ



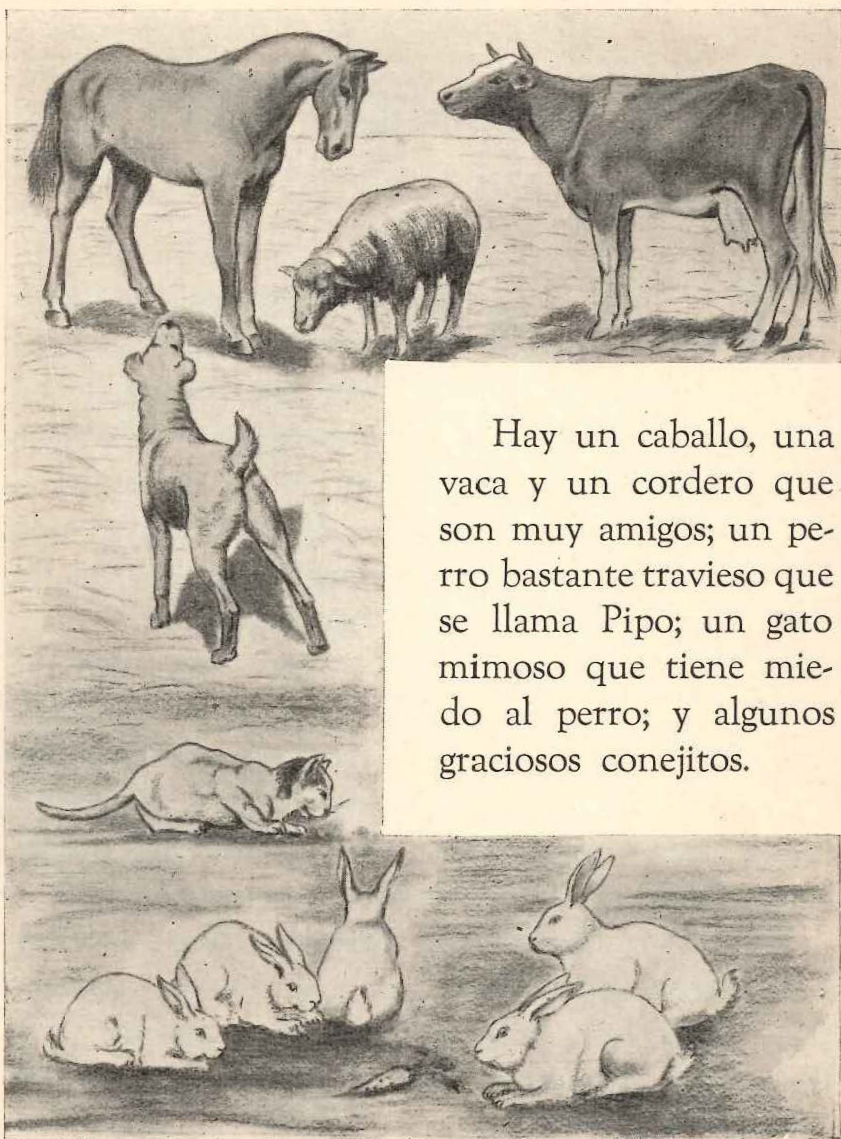
Este es el nombre con que los chicos han bautizado su casa-quinta. Porque en ella hay de todo.

Hay un papá y una mamá; y esto es lo principal.

Hay una chica y tres chicos. Los cuatro hermanos se quieren mucho. La mayor,

Adita, tiene once años; Juan tiene diez, Jorge ocho. Tito, el menor, tiene cuatro años.

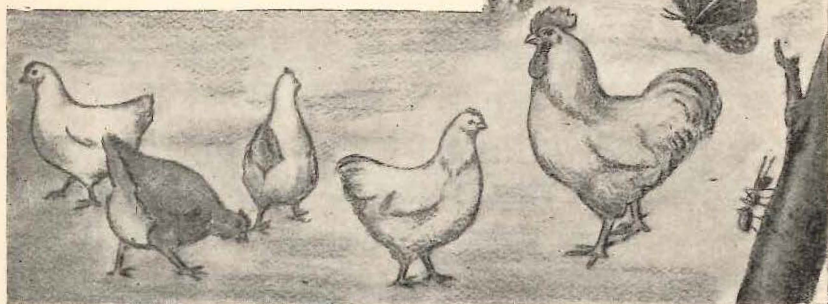
En el Arca de Noé hay algunos árboles grandes. Los chicos encuentran, en sus ramas, asientos muy cómodos. Hay, en macetas, plantas con flores que alegran la casa. Y plantas con flores en el jardín.

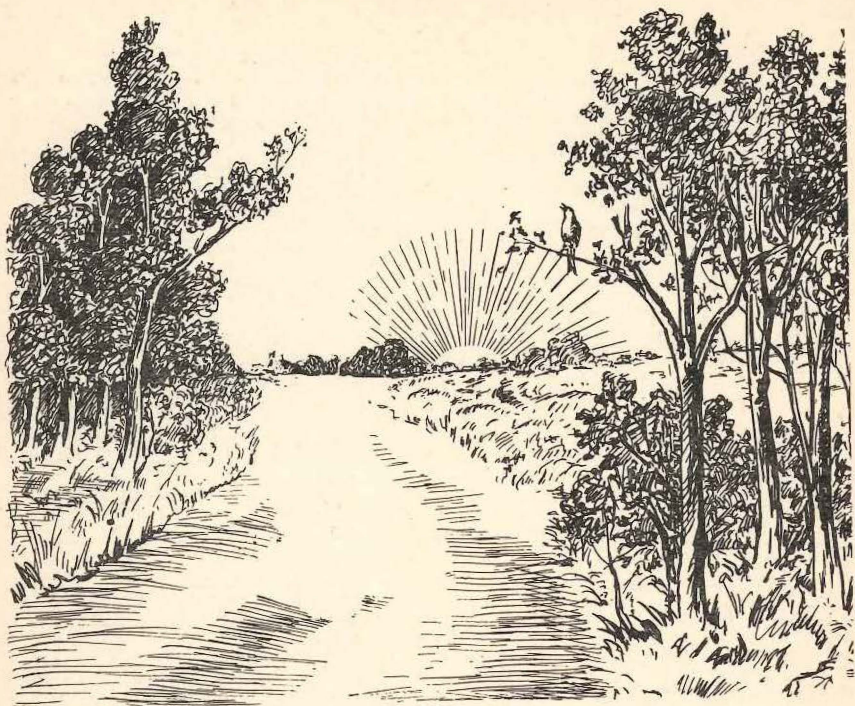


Hay un caballo, una vaca y un cordero que son muy amigos; un perro bastante travieso que se llama Pipo; un gato mimoso que tiene miedo al perro; y algunos graciosos conejitos.

Hay, en el fondo,
un gallinero con ga-
llinas; hay pajaritos en
jaulas y pajaritos en li-
bertad, los cuales co-
men el alpiste que se
cae de las jaulas.

También hay en el
Arca de Noé otros
animales sueltos: pa-
lomas, mariposas, y...
hormigas, arañas y
otros insectos; pues
entre las plantas, es
difícil que no los haya.





LA MAÑANA

Los chicos del Arca de Noé son madrugadores. En cuanto se les despierta saltan de la cama. Les gusta ir tempranito al jardín y escuchar los cantos matinales de las aves de corral y de los pajaritos.

Escuchándolos, suelen también los chicos entonar una canción.

CO-CO-RI-CÓ

Marcial,

PIANO

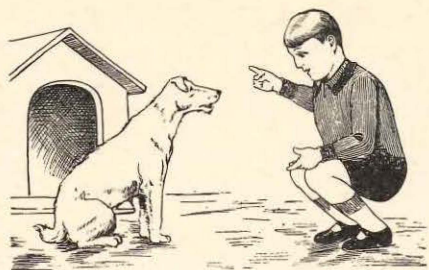
Co - co - ri - có, Co - co - ri - có..... Le -

-ván - ta - te ni - ño que ya a - ma - ne - ció, Bi - cho fe - o,

Bi - cho - fe - o..... ¿ Por qué lo di - ces, ben - te - ve - o?

Por a - quel ni - ño sin a - se - o. Co - co - ro - có,

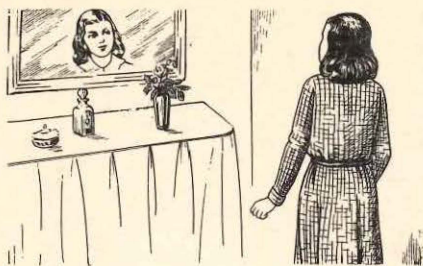
Co - co - ró - có..... En a - gua fresqui - ta me he la - va - do yo.



TITO Y PIPO

—¡Buenos días, Pipo! ¿Por qué me miras tan enojado? ¿Estabas durmiendo todavía? Los canarios ya se bañaron y se alisaron las plumas con el pico. Y el gato se lavó la cara con su lengüita rosada. Yo los vi. Adita, Juan y Jorge también se lavaron. Yo me bañé solito.

¡No seas haragán! Te he traído una palanganita con agua. ¿No quieres que te lave la cara? ¡Arriba, Pipo! Si no te apresuras, no tendremos tiempo para jugar.



UN BUEN AMIGO

Este es el espejo grande. Me gusta porque me dice algo de mí misma, y me dice siempre la verdad. Si tengo algún tizne en la cara, me lo muestra; así puedo quitármelo.

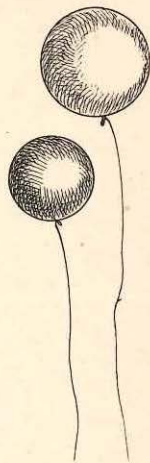
Pero hay una cosa que él no sabe decirme: si he sido buena o mala. Eso me lo dicen mi papá y mi mamá.

Ellos también me dicen la verdad como el espejo. ¡Qué buenos son!

LOS JUGUETES



Los animales domésticos son, para los chicos, como juguetes vivos. Mas no faltan, en el Arca de Noé, otros juguetes... que no comen.

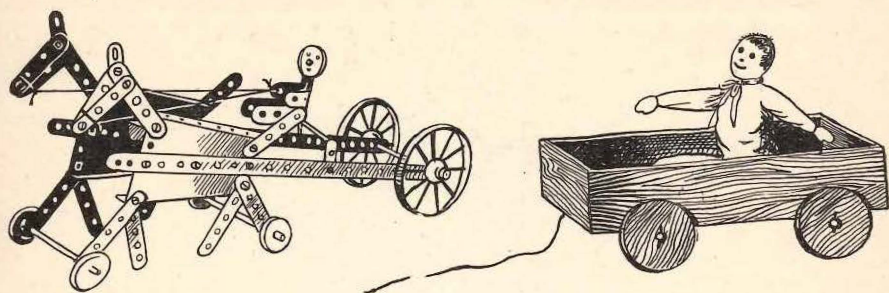


Los más finos fueron regalos de Navidad y Año Nuevo. ¡Hay que cuidarlos mucho!

Adita viste su linda muñeca. Manejado por Jorge ¡qué buen pruebista es su mono de felpa! ¡Y qué hábil es Juan en los juegos de paciencia!

Para Tito no hay mejor música que la de su tambor. No todos en la casa piensan lo mismo... ¡Y él se asombra si le dicen que “aturde”!

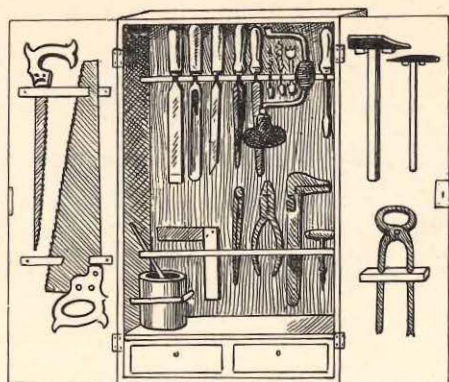




Pero ¿saben cuáles juguetes son los preferidos? Aún más que con la muñeca, con el mono, con los juegos de paciencia, o con el tambor, gozan los chicos del Arca de Noé con los juguetes que ellos mismos se fabrican. ¡Como que pueden tratarlos sin miramientos!

Al payaso de cartón, recortado y pintado por Adita, Jorge le ha atado un hilo y lo hace bailar para divertir a Tito.

¡Si vieran el carrito que Juan hizo con un cajón! Las ruedas son cuatro redondeles de madera que le preparó el carpintero. Claro es que ninguno de los chicos cabe en él; pero es un coche muy cómodo... para los muñecos.



LOS JUGUETES DEL PAPÁ Y DE LA MAMÁ

El papá pone en orden sus útiles: su vidrio de aumento, su tijera de podar, su caja de carpintería...

—¿Esos son tus juguetes, papá?

—¿Me los prestarás, papá?

—Ya les enseñaré a usarlos.

¿A quién no le gusta mirar los bichitos a través de un grueso lente? ¡Se les ve tan grandes!

¿A quién no le gusta hacer de carpintero con un martillo, de jardinero con una azada?

Los chicos del Arca de Noé ayudan a su papá en estas interesantes tareas.



—Y tus juguetes, mamá, ¿cuáles son?

—¿Será el piano?

—Me gusta tocar el piano. Pero tengo otros juguetes que son los más lindos del mundo. ¿Adivinen cuáles son? Mis muñecos caminan, hablan, se ríen...

—¡Somos nosotros! ¡Somos tus hijitos!

—Has adivinado, Tito. Sólo que mis lindos juguetes se descomponen a veces...

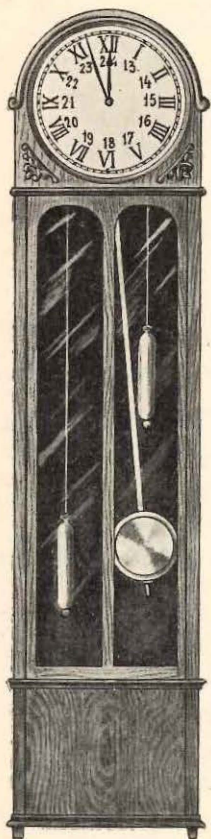
—¿Cuando hacemos travesuras? ¿Cuando nos portamos mal?

—Sí; pero yo sé componerlos en seguida.

—¿Con un reto, mamá?

—A veces basta con un beso.

EL SEÑOR TIC-TAC

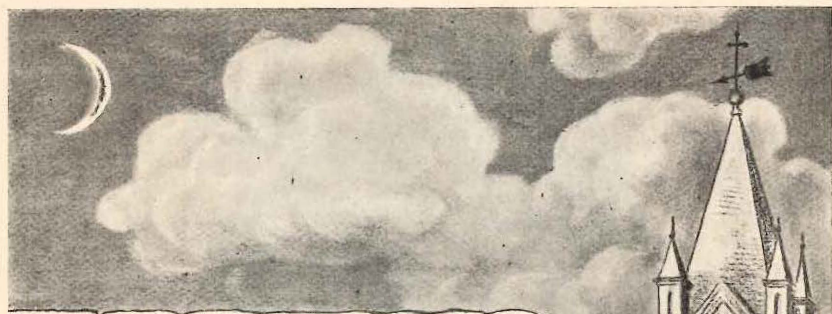


Este es el reloj del Arca de Noé. Se llama el señor Tic-tac. No atrasa ni adelanta, y todas las horas que marca son alegres. ¿Por qué?

Porque Adita, Juan, Jorge, y hasta Tito, saben que el reloj dice:

*El tiempo marcha, tic, tac,
en la tierra, el aire, el mar;
hay que ser buenos, tic, tac,
en todo tiempo y lugar.*

Y, escuchando su voz, han aprendido a ser obedientes y puntuales.

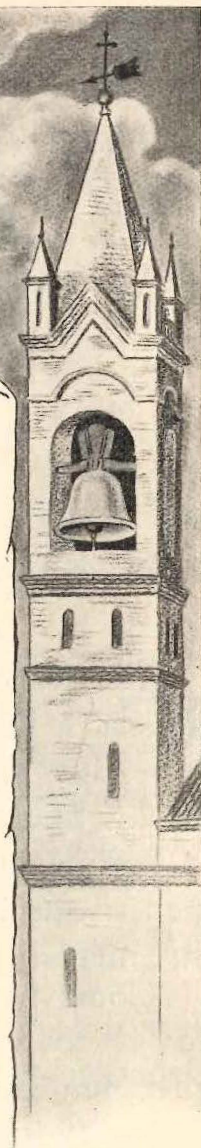


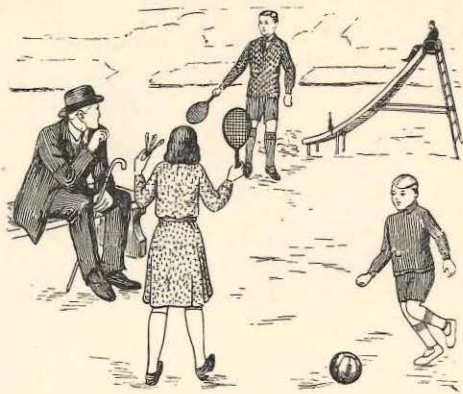
LA SEÑORA DIN-DONG-DING

Campanita de la escuela,
¡Qué simpático es tu son,
Cuando llamas al estudio
O al recreo, *ding, ding, dong!*

En el Arca de Noé
Muy alegre es la reunión,
Cuando al comedor nos llama
La campana, *dong, ding, dong.*

Y más tarde el campanario,
Con su bella y grave voz,
Dándonos las buenas noches,
Ding, dong, ding, habla de Dios.





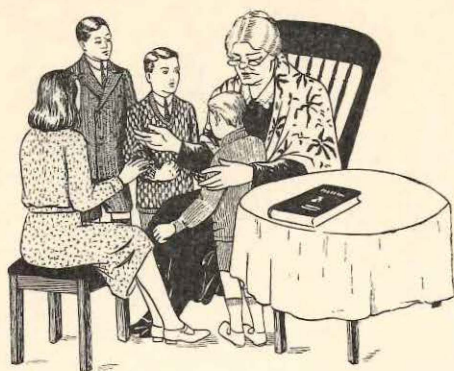
LAS VISITAS

Al Arca de Noé van de visita un abuelo y una abuela, a los que todos reciben con gran cariño.

—¡Hoy es día de abuelito! — dicen los chicos, en los lindos días de sol.

Porque en los lindos días de sol, cuando no tienen que ir al colegio, el abuelo va a buscar a sus nietos y los lleva a pasear.

¡Cómo se complace el abuelo viendo jugar a los chicos en la plaza! Pero el paseo que todos prefieren es el del Jardín Zoológico. Les divierte mucho mirar los animales.

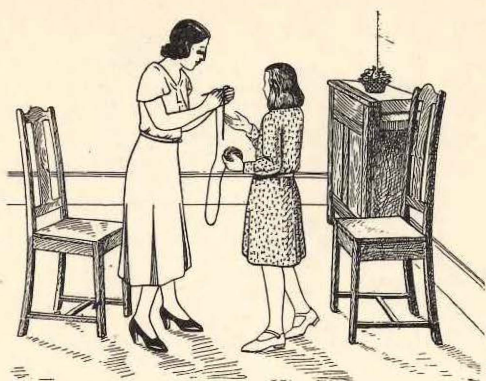


—¡Hoy es día de abuelita!— dicen también los chicos, cuando llueve y no pueden jugar en el jardín.

Entonces suelen pasar las horas agrupados alrededor de la abuela, oyendo sus bonitos cuentos.

Pero, más que los cuentos, encanta a los chicos oír a su abuelita hablar de cuando también ella era chica. ¡Parece tan raro que la abuelita haya sido chica alguna vez! ¡Tan chica como Tito... y más todavía! Si ella no lo contara, Tito no lo hubiera creído nunca.

Van también de visita al Arca de Noé algunos tíos, tías y primos. Cuando todos los primos se juntan ¡qué algazara!



LOS TÍOS PREFERIDOS

—¡Está tío Eduardo! ¡Está tía Adelia!

Los chicos los reciben con particular entusiasmo. ¡El tío Eduardo y la tía Adelia son tan complacientes y les enseñan tantas cosas!

Adita corre en busca del ovillo de lana y de la aguja, para que su tía le enseñe a tejer. Jorge se le acerca con un papel y un lápiz:

—¡Quiero dibujar un caballo, y me resulta un perro!

—Yo te enseñaré a dibujarlo en líneas rectas. ¡Verás qué fácil es! — responde Adelia.

—¿Se conocerá que es un caballo?

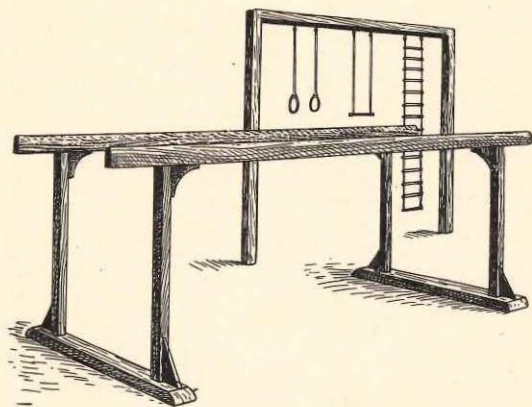
—Tanto, que te darán ganas de galopar en él.

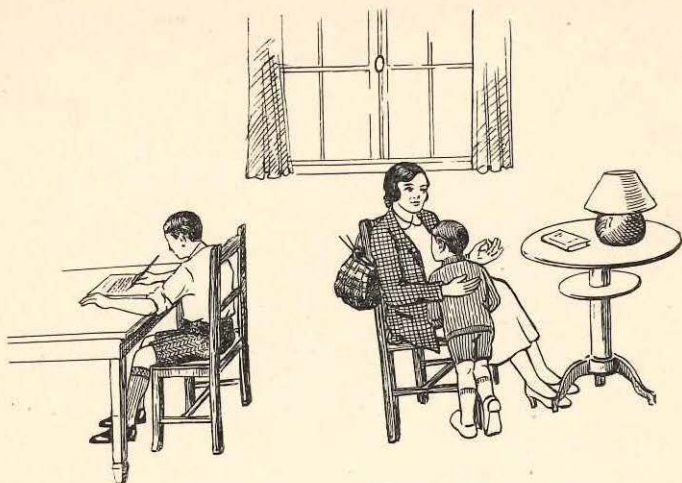
—Ya lo ensillaremos —dice entonces el tío Eduardo. — ¿Cuándo quieren que les enseñe a montar?

—¡Ahora mismo, tío Eduardo!

—¿En el caballo dibujado? Esperemos que nos traigan del campo el petizo que les prometí... y que está allí, muy divertido, relinchando y comiendo pasto.

En espera del petizo, el tío enseña a sus sobrinos a hacer pruebas en el *trapezio*, en las *argollas* y en las *paralelas*. A todos hace reír con los graciosos juegos que inventa.





CUADRO DE FAMILIA

(CARTA DE JUAN)

En el “Arca de Noé”, 1° de Marzo.

QUERIDO MANOLO:

¿Cuándo vuelves del campo? Pronto se abrirá la escuela. Quisiera que estuvieras aquí, para que entráramos juntos...

¿Quieres saber lo que hacemos en este momento?

Te escribo en el comedor. Mamá le canta una canción a Tito. Tito la interrumpe a cada ins-

tante, para hacerle preguntas sobre lo que canta. Adita se ríe de los dibujos de Jorge. Papá está callado y nos mira... ¿Qué estará pensando? Debe ser algo agradable, pues lo he visto sonreírse.

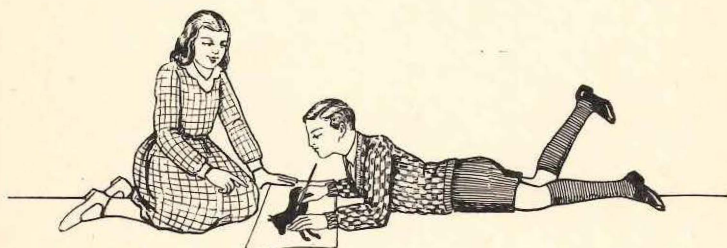
¡Pobre papá! Vuelve todas las noches cansado de trabajar para mantenernos. Me siento muy feliz cuando le veo contento.

El reloj ha dado nueve campanadas.

Y ahora termino la carta; porque, antes de acostarme, quiero dejar en orden mis libros y mis útiles de escribir. ¡Buenas noches! ¡Ven pronto! Recuerdos a todos, en tu casa.

Te abraza tu primo

JUAN.





LO QUE PENSABA EL PAPÁ

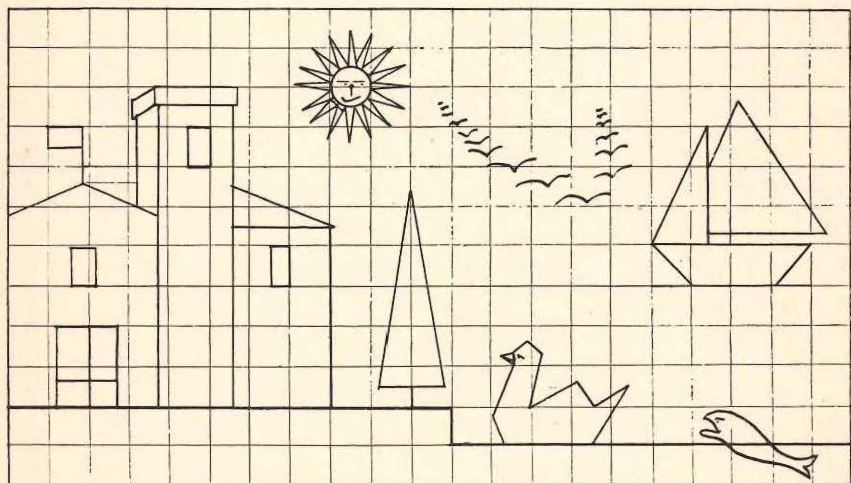
¿Quieren saber ustedes lo que pensaba don Augusto, mientras su hijo escribía?

Tenía razón Juancito: pensaba cosas agradables.

—¡Qué aplicado y juicioso es mi hijo Juan!— se decía. — Será un hombre de provecho. En cuanto a Jorge, a pesar de ser un poco peleador, tiene un corazón leal, y se corregirá. Es travieso, está siempre inventando algo con qué divertirse y divertir a los demás. Esta afición, bien encaminada, quizá le lleve más tarde a inventos útiles. Adita es cariñosa y complaciente con todos. ¡Es la alegría de la casa! Sus hermanitos la obedecen siempre.

¿Y hay algo más encantador que Tito en brazos de su madre?

¡Cuán dulce es el hogar! El trabajo resulta a veces duro; pero me basta contemplar este amable cuadro de familia para sentirme recompensado y feliz.



LO QUE DIBUJABA JORGE

LO QUE CANTABA LA MAMÁ

¿Por qué no duermes
niño querido?
Ya el avecilla
duerme en su nido.

Dice cantando
ya la campana:
“¡Duérmete niño!
¡Hasta mañana!”

Duermen las flores,
duerme el gatito,
y Pipo sobre
su colchoncito.

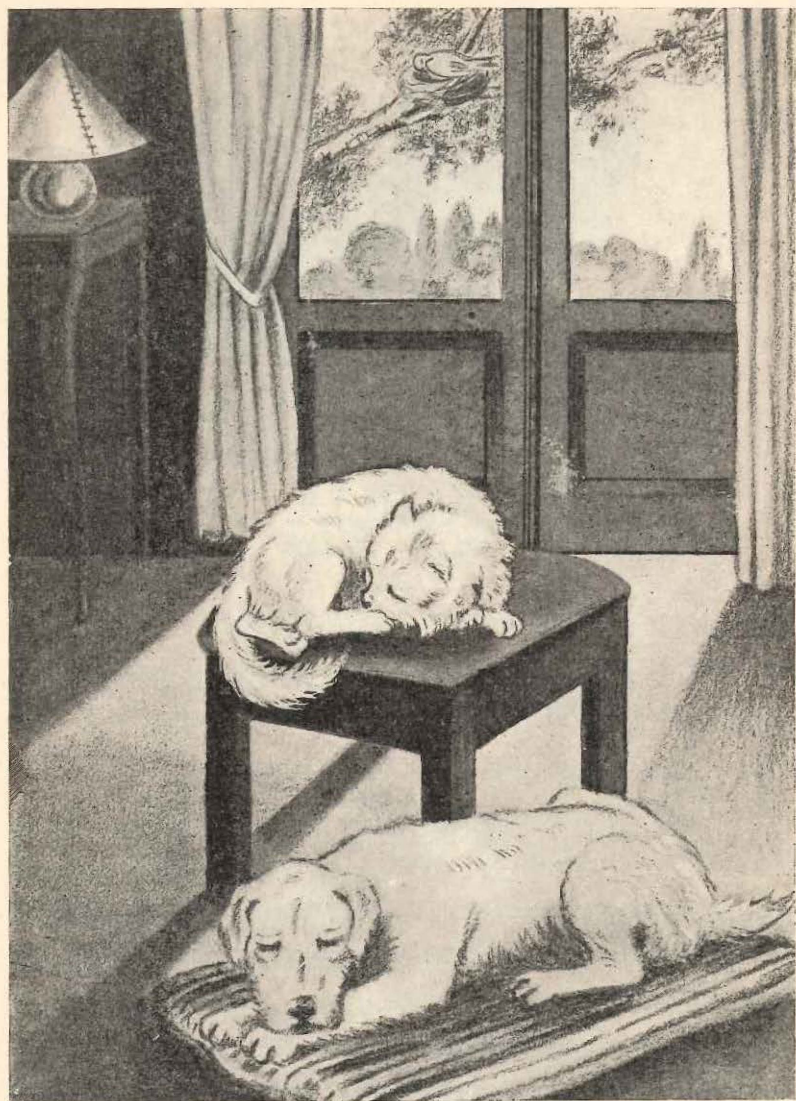
El angelito
sus alas tiende,
y la linterna
del sueño enciende.

Y todos ellos
sueñan contigo,
pues saben que eres
su buen amigo.

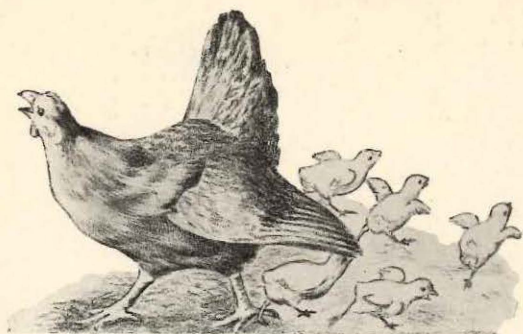
Y las estrellas
dicen: “Es hora;
¡descansa, tierra
trabajadora!”

Entre las plantas
de nuestro huerto
las “Buenas noches”
ya se han abierto.

Duerme tranquilo,
duerme, pequeño,
que mi cariño
vela tu sueño.



EL SUEÑO

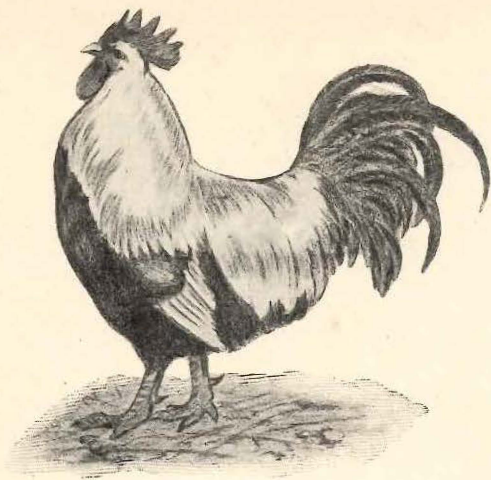


OTRA FAMILIA FELIZ

La madre llama a sus polluelos y les reparte la comida que Tito les lleva. De noche los hace dormir bajo sus alas. Es una madre cariñosa.

Si Tito atacara a uno de los polluelos, la gallina, tan miedosa y débil de costumbre, le embestiría valientemente a picotazos, y le pegaría con las alas. Pero Tito quiere mucho a los pollitos, y no les hará daño.

¡Qué vivos y graciosos son! Uno se ha subido ahora encima de la gallina. Estará cansado, sin duda, y ha encontrado un blando cochecito.



EL REY DEL GALLINERO

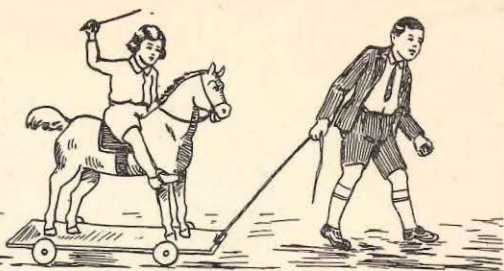
—¡Qué lindo gallo! ¡Qué majestuoso es su porte! Tiene agudos espolones en las patas. Ningún pollo ni gallina se atreve a disputarle su puesto ni su comida.

—Pero suele ser generoso. Yo lo he visto defender a las gallinas, y delante de buenos bocados, llamarlas para que coman.

—¿Y sabes de qué puede servir el gallo? De reloj; es como un campanario con plumas.

—¿Cómo puede ser?

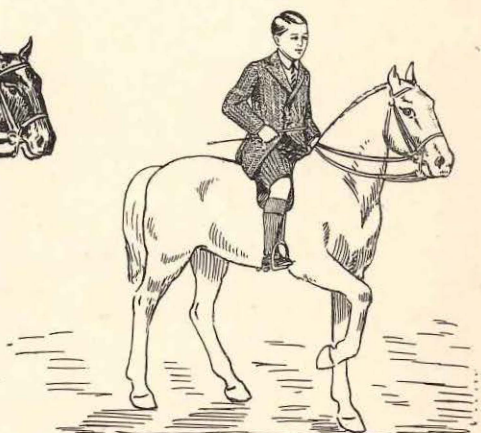
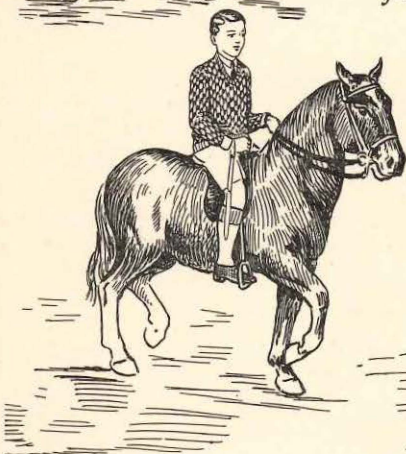
—¿No lo ves levantar el cuello como una airosa torrecita? Así da las horas con su canto sonoro; especialmente a mediodía y a medianoche.



¿SALGAMOS A PASEAR?

Manolo pasea a su hermanito en un caballo de palo.

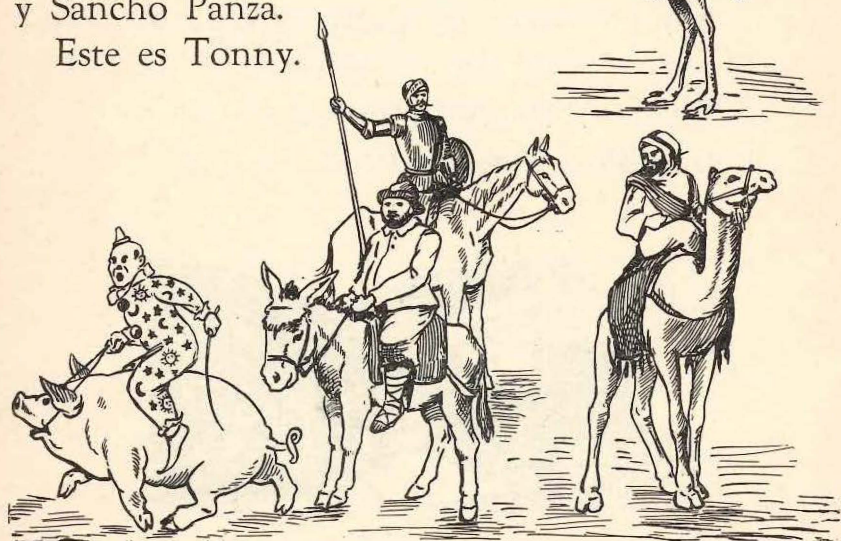
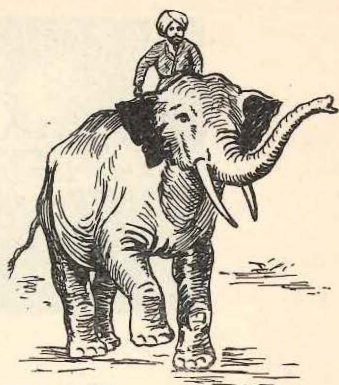
Tito monta su cordero; Adita prefiere el burrito. Jorge sale en su petizo, y Juan en un caballo blanco.

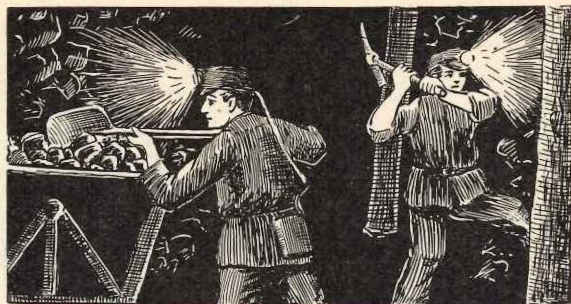


Y muy lejos de aquí,
Madú monta un elefante.
¿Conseguirá Nico manejar
ese avestruz? Melchor viaja
en un camello.

Estos son don Quijote
y Sancho Panza.

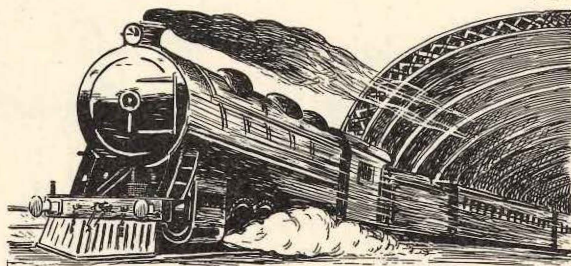
Este es Tonny.

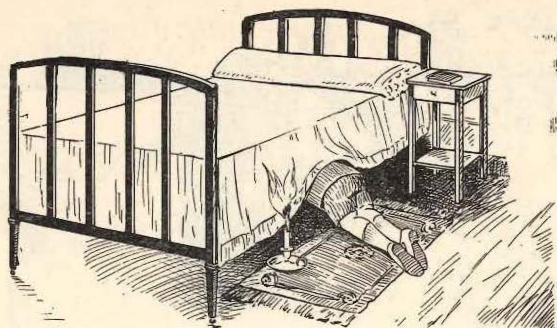




¿QUIÉN SOY?

Soy brillante, soy negro, soy duro,
Me sacó de la tierra el minero.
¿Quién soy yo que por ti me consumo,
Doy calor, y me muero en el fuego?





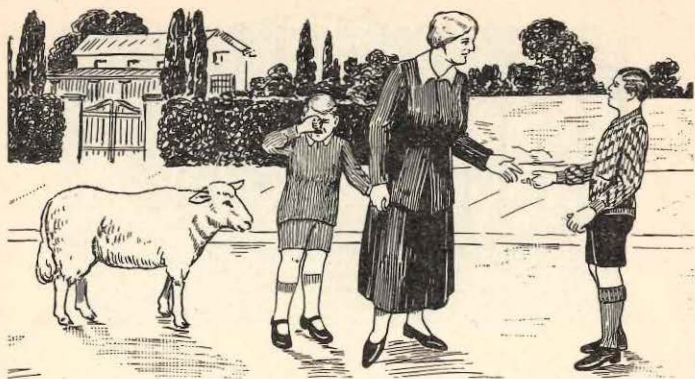
¡CUIDADO CON EL FUEGO!

Tito ha perdido su pelota, y como el cuarto está oscuro, para buscarla, enciende la vela y se mete con ella debajo de la cama.

La colcha arde. Tito, que está de espaldas, no ve el fuego. Su mamá siente olor a quemado y acude al cuarto. Tito, al ver entonces las llamas, grita lleno de terror.

Si su mamá no llega a tiempo para sacarle del peligro, ¿qué hubiera sucedido? ¡Pobre Tito! Todas las personas de la casa corren al oír sus gritos. Con gran trabajo apagan el incendio. ¡Qué terrible es el fuego!

Un solo fosforito, tirado al descuido, puede destruir un bosque o una aldea.



¿POR QUÉ LLORA TITO?

Jorge pega a Tito. Tito llora, y el carnero bala. Pasa una viejecita y pregunta a Jorge:

—¿Quién es este niño?

—Es mi hermano.

—No puede ser, dice la anciana; si fuera tu hermanito no le pegarías.

—Pero Tito le pegó al carnero...

—Es que él no sabe que al carnero le duele. ¿Verdad, Tito? Tú, que eres mayor, debes enseñarle que los animales también sufren; pero, sin hacerle llorar. Es muy bueno considerar como hermanitos a los animales indefensos; pero, ante todo, debemos querer y cuidar a nuestros verdaderos hermanos, y enseñarles el bien sin hacerles daño.

LA MÁS TRABAJADORA

—Le regalo un botecito de vela al que sepa decir cuál es la trabajadora más incansable del Arca de Noé...

—¿Es mamita? ¿Es abuelita?

—No; es más chica...

—Entonces, es Adita...

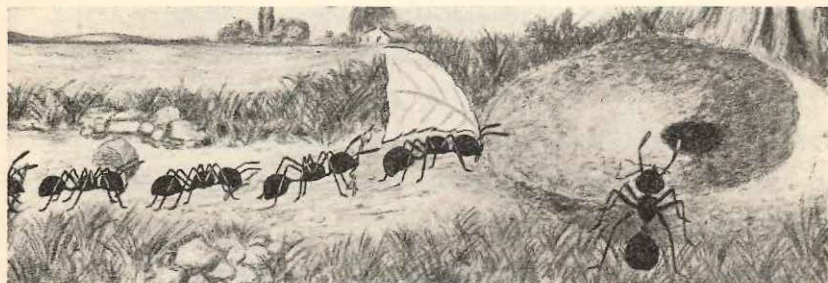
—Adita es trabajadora, pero hay quien lo es más, y más chiquita que ella.

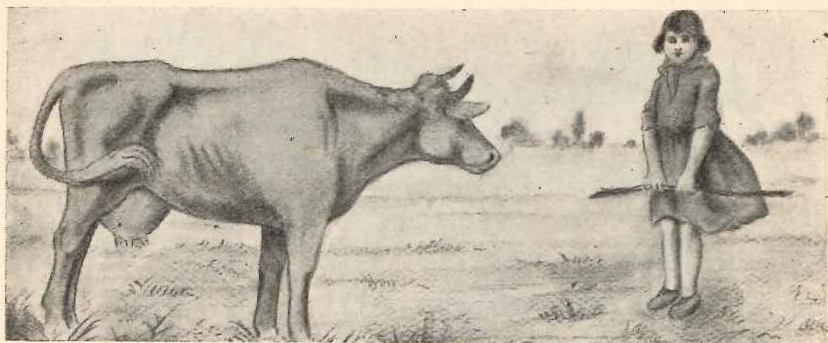
—Pero ¿quién es, papá?

—¿Quieren hacerle una visita? Seguramente la encontraremos en su tarea. Vamos al jardín... Aquí está... Es Doña Hormiga, con su carga en la cabeza.

—¡Este es el bote con su vela!

En efecto, la hormiga, con el pedazo de hoja *izada*, parecía un bote de vela.





LA ROJA

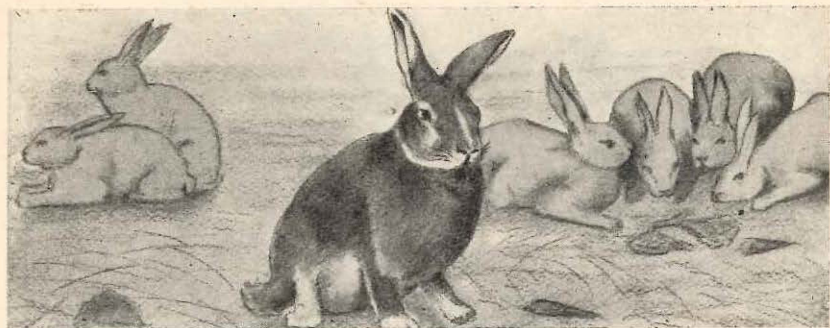
En un pueblito campestre, los chicos del Arca de Noé han conocido a Hortensia. Esta chiquilla cuida la vaca de su casa, que es muy dócil y se llama la Roja.

Gracias a la Roja, la familia de Hortensia, aun siendo pobre, tiene siempre leche y manteca en abundancia.

Todos los días, la pastorcita conduce la vaca al campo, y la deja allí *pastar* a su gusto. Al atardecer, la Roja, que sabe muy bien el camino, vuelve sola, con paso lento...

Antes de llegar a la casa, se detiene, muge, y escucha. Oye al ternero, que desde el establo en que está atado, le contesta alegremente, y apresura el paso, mugiendo siempre, como si dijera: "Ya voy, ya voy".

El ternero la recibe con gran alborozo.



REPLLITA

Adita admira los conejos de Elisa. ¡Hay que ver cómo cuida Elisa a estos encantadores animalitos!

Todas las mañanas les lleva agua fresca, un manojo de alfalfa y un repollo. Les da también los restos de las legumbres y las cáscaras de las frutas que se comen en la mesa.

Siempre asustadizos, los conejos se esconden, al menor ruido, en sus casitas. Pero cuando llega Elisa, corren a recibirla.

Ella saluda a cada uno por su nombre. Para Blanquito y Rubio, sus preferidos, son las caricias y las hojas más tiernas.

Muchas veces, Elisa tiene que caminar bastante para conseguir un repollo; pero lo hace gustosa por sus queridos conejitos. Por eso sus amigas la llaman Repollita.



LA PASTORA Y SUS OVEJAS

CANCIÓN DE LA PASTORA

Ven, corderita.
¿Por qué te alejas?
Soy la pastora
de mis ovejas.

Le pongo flores
con un moñito;
le doy azúcar
y un bizcochito.

Quitarte quiero
briznas y abrojos.
¿Por qué me miras
con tristes ojos?

Ya es tarde, vamos
a descansar,
que a guiaros, Listo
me va a ayudar.

Traigo agua fresca,
ven a beber;
muy pronto amigas
vamos a ser.

Dormida sobre
mi delantal,
llevo a Bonita
hacia el corral.

Ya me conoce
la más chiquita;
blanca, mimosa,
es "la Bonita".

Y una tras otra,
¡ay, qué buenitas!
van mis ovejas
con sus colitas.

LA FIESTA DE LOS SAPOS

—Las plantas deben estar contentas oyendo cantar a los sapos.

—¿Les gusta ese canto a las plantas, abuelita?

—Escucha lo que los sapos dicen: “va-a-llover... llo-ve-rá”.

—¿Y las plantas quieren que llueva?

—Sí, porque tienen sed.

—¿Y los sapos tienen también sed?

—Los sapos se alegran de que llueva, porque así podrán chapotear en los charcos que se forman.

—¿Cuéntanos un cuento de sapos y de ranas, abuelita?

—Había una vez unas ranas que vivían en una laguna. Un día de lluvia dieron un baile e invitaron a los sapos. Los sapos acudieron a la fiesta con sus chalecos blancos y sus levitas verde oscuro. Las ranas los recibían con sus vestidos verde claro, brillantes, recién lavados. Desde la orilla, los árboles presenciaban la fiesta, dando sombra al salón de baile, que era la laguna. Las plantitas chicas servían de mesa, y las moscas y otros insectos,

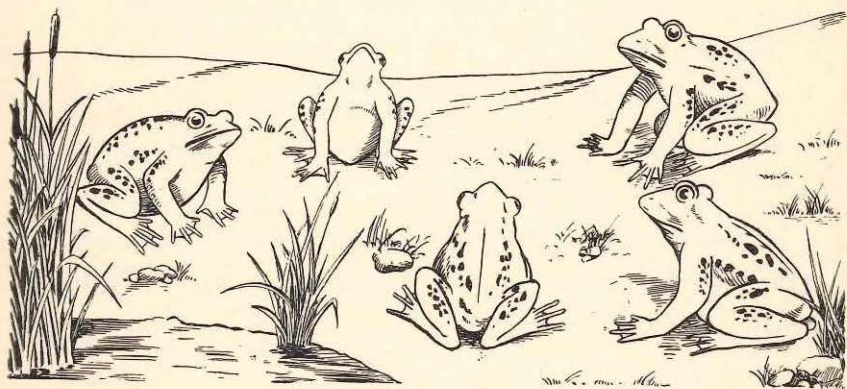
estaban preparados en las hojas, como bombones en platos verdaderos.

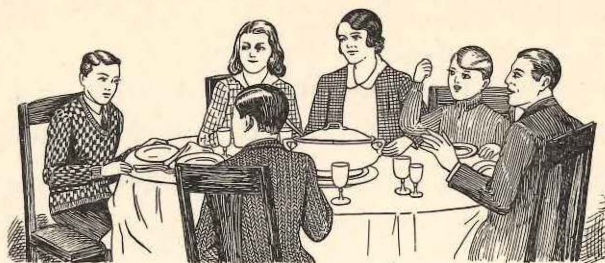
—Los sapos ¿no se comían también a las plantas?

—¡Oh, no! Y las plantas los quieren mucho; porque los sapos les hacen un gran bien devorando los bichitos que las dañan.

...Saltaban en rueda y cantaban los sapos y las ranas, cuando en eso, sin pedirles permiso, entró a la laguna una vaca que iba a beber. La vaca...

—¡Llueve, llueve! ¡Es la fiesta de los sapos, de las ranas y de las plantas! Vamos a dibujar un sapo y una rana, ya que no podemos salir.





EN LA MESA.

—¡Suenan la campana! No hagamos esperar. Ven, Tito; lávate las manos.

—Las tengo limpias, Adita; me las lavé esta tarde.

—No importa; es necesario lavárselas inmediatamente antes de comer... Ya está... Siéntate...

—Yo quiero un durazno.

—Los niños bien educados saben que se les servirá todo lo que puedan comer, a su debido tiempo.

—Figúrate, papá...

—Primero, Jorge, deja ese cuchillo. Los cubiertos son para comer y no para jugar con ellos.

—¡Ah, mamá! Olvidaba decirte que se me han roto los botines. ¿Quieres verlos? ¿Los mandarás a componer?

—Luego, luego hablaremos de eso, mi hijito. Esas observaciones y pedidos no deben hacerse en la mesa, cuando se encuentra reunida la familia, y ha de ser amena la conversación. Cuéntanos, más bien, si se han divertido en el paseo con abuelito...

—¡Oh, mucho! Vimos los soldados... El oficial decía: “¡Paso redoblado!...”

—¿Vas a levantarte de la mesa para mostrarnos cómo hicieron los soldados? ¡Qué inquieto eres, Jorge! ¡Siquiera mientras comemos, conversa tranquilamente!... Luego harás, con tus hermanos, los ejercicios militares... Tito, no comas tan de prisa, que puede hacerte daño... ¿Quieres agua? Límpiame antes la boca con la servilleta, y no hagas ruido al beber...

Ahora puedes comer el durazno. Es muy saludable la fruta después de la comida...

VUELA-VUELA

Jorge ha oído decir que los paraguas sirven de *paracaídas*. Abre el paraguas de su papá, y de pie sobre un sillón, lo levanta con una mano, lo más alto que puede. Salta al suelo, y le parece que se ha sostenido un instante en el aire.

Salta entonces desde el escritorio, que es algo más alto que el sillón, y, entusiasmado, dice al caer de pie:

—¡Qué lindo! ¡Esta vez creo que he volado! Pronto podré saltar de la azotea.

Antes quiere, sin embargo, hacer la prueba de dejarse caer desde la cómoda de su mamá, que tiene cinco cajones y es más alta que el escritorio... pero no tanto como la azotea.

—¡Qué alto! Desde aquí sí que volaré, dice. Atención, chicos: ¡a la una... a las dos...! Y a las...

A las tres, las narices de Jorge pegan contra el suelo y el paraguas de su papá se hace pedazos. ¡Pobre Jorge! Lo retarán, sin duda.

Sus hermanos se ríen de él cuando juegan al “vuela-vuela”... ¿Conocen ustedes este juego?

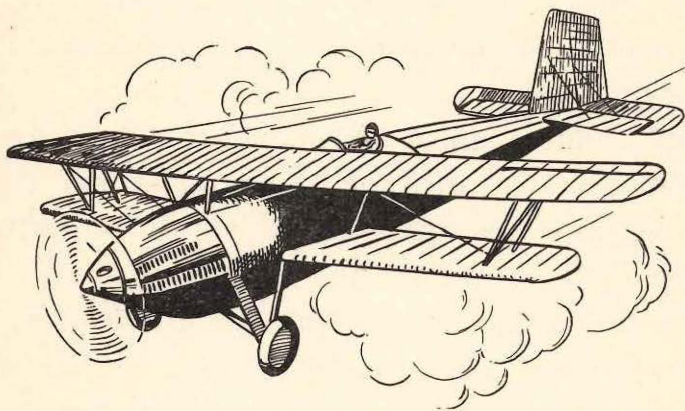
El que lo dirige, dice: “Vuela... vuela... ¡el jilguero vuela!”, o “¡los barriletes vuelan!”, o cualquier animal o cosa que se le ocurra. Cuando se trata de algo que realmente vuela, todos tienen que levantar las manos. Pero si se dice, por ejemplo: “¡la tortuga vuela!”, el que levante las manos paga “una prenda”. Como esto se juega muy rápidamente, es fácil equivocarse.

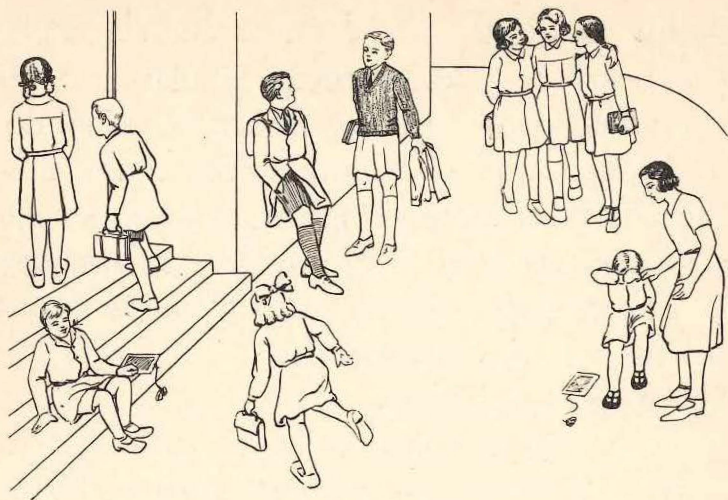
Ahora, los chicos dicen:

—Vuela, vuela... ¡Jorge vuela!

Y todos levantan las manos. Pero él les contesta, muy ufano:

—Jorge volará. Ya lo van a ver... Cuando sea grande, construiré un *aeroplano* y, volando, daré la vuelta al mundo.





UN ALEGRE DÍA

Hoy se abre la escuela. Es un día muy alegre. Los chicos, con sus guardapolvos blancos, bien planchados, se agrupan, como bandadas de palomas.

¡Con cuánto gusto se encuentran los compañeros del año anterior! ¡Cuántas cosas tienen que contarse los que no se vieron durante el verano!

Casi todos los chicos pasan de grado... ¡Aprenderán muchas cosas nuevas! Y los más chiquitos, que vienen por primera vez, también están con-

tentos. ¡Pronto sabrán leer, escribir, dibujar, como los mayores!

Es lindo tener cuadernos, lápices, lapiceras, ¡todo nuevito! Además, cada uno tendrá un bonito libro de lectura, lleno de figuras. ¡Con tal que no lo ensucien, ni lo pierdan!

Las maestras reciben cariñosamente a todos los niños: a los nuevos y a los que ya conocen. Al ver a los del Arca de Noé, los saludan:

—Juancito ¡cómo has crecido! Y tú, Adita ¿serás este año tan aplicada como el año pasado?

—Espero serlo mucho más — responde Adita.

—¿Qué tal va el dibujante?— preguntan a Jorge.—¿Sabrás ya dibujar un automóvil... que ande?

En el recreo ¡qué bulla!

Tito que, con su mamá, viene de dejar a sus hermanos, conversa ahora con ella:

—¿Cuándo voy a ir yo al colegio, mamita? ¡Debe ser lindo jugar con tantos chicos!

—Sí; pero, en algunas horas, hay que estarse calladito y quieto, escuchando a la maestra...

—¡Entonces, prefiero esperar a cuando sea grande! Así, desde el primer día, yo seré el maestro... ¿y podré hablar todo el tiempo, verdad?

¿Qué les parece la ocurrencia de Tito?



EL PIANO

El piano ocupa un lugar importante en el Arca de Noé. Su sonido alegra toda la casa.

A Tito le encanta ver la rapidez con que se bajan y se levantan las teclas blancas, las teclas negras, bajo los dedos ágiles de su mamá.

Adita, Juan y Jorge piden:

—¡Toca una *marcha*! ¡Toca una *polca*! ¡A mí me gusta una *zamba*!

Es un placer marchar y hacer pasos de gimnasia al compás de la música: ¡un, dos!, ¡un, dos!

Adita prefiere ensayar pasos de baile.

Ahora los chicos están aprendiendo una bonita canción, que su mamá les acompaña en el piano.

APRENDAMOS A CANTAR

Andante.

PIANO

A_pren - damos a can - tar A - fi - na - dos ya com -

pás. Can - tan las a - ves del cie - lo can - tan las o - las del

mar. A - pren - da - mos a can - tar que es ben - de - cir y es a -

- mar Y en el co - ra - zón lle - va - mos más que las a - ves y el

mar. A - pren - da - mos a - can - tar!

rall.

EL ARCO IRIS

Juan, que está algo resfriado, no puede ir a la escuela, porque llueve a cántaros. Y lo siente mucho, recordando que la señorita Felisa ha prometido a los niños contarles, ese día, un cuento muy interesante.

A cada momento se asoma a la ventana, para ver si el tiempo se compone. La lluvia continúa, y Juan está triste.

—Ya que el *arco iris* no aparece en el cielo, anunciando que la lluvia ha terminado ¿quieres que lo hagamos aparecer en casa para alegrarte?

Diciendo esto, la mamá toma tres pedazos de papel de seda: uno *azul*, otro *amarillo* y otro *rojo*. De cada uno, recorta una tira circular. Luego, ayudada por su hijo, pega esas tiras en un vidrio, cuidando que queden, en parte, una sobre otra.

—El *rojo*, el *amarillo* y el *azul*, son los colores *primarios* — explica la mamá.

¡Qué sorpresa la de Juan, cuando, poniendo el vidrio a través de la luz, ve aparecer otros tres colores distintos: el color *verde*, el *anaranjado* y el *violeta*!

—Éstos — dice de nuevo la mamá — son los colores *secundarios*.

Con el rojo y el azul se había formado el violeta; con el rojo y el amarillo, el anaranjado; y con el amarillo y el azul, el verde.

¡Estaban en el vidrio todos los colores del arco iris! El arco iris, apareciendo sobre el vidrio, hacía desaparecer las lágrimas de los ojos de Juan.



JUEGO DE COLORES

He visto tres cosas blancas:

Una estatua de mármol, un cisne y un lirio.

He visto tres cosas azules:

Un "no me olvides", mi bandera y los ojos de Julio.

He visto tres cosas rojas:

Una amapola, una cresta de gallo y una gota de sangre.

He visto tres cosas verdes:

Una hoja, un loro y una esmeralda.

He visto tres cosas violetas:

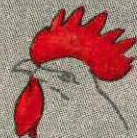
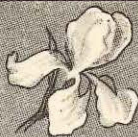
Una amatista, una violeta y la corbata de Juan.

He visto tres cosas amarillas:

Un canario, una pera y un topacio.

He visto tres cosas negras:

Un cuervo, un pedazo de carbón y los ojos de Jorge.



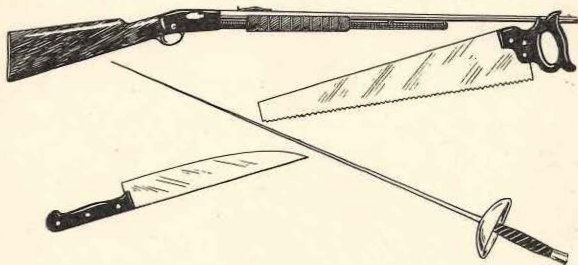
CONSEJOS DE LA ABUELA

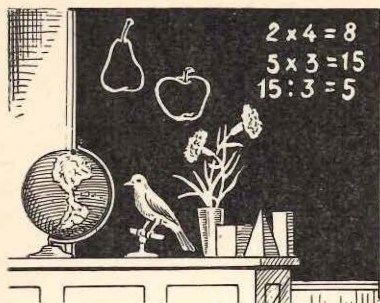
Un niño no debe nunca tener el lápiz metido en la boca. Si tropieza, o si el compañero le empuja, sin querer, el codo, el lápiz puede causarle un mal muy grave, clavándosele en la garganta.

No debe beber caminando, ni correr con los brazos cruzados o con las manos en los bolsillos. Debe llevar los brazos libres para ayudarse con ellos si cae, y no dar en el suelo con las narices, o romperse los dientes.

Si su mamá le manda traer o llevar unas tijeras o un cuchillo, hágalo con cuidado, llevando la punta para abajo.

Sed prudentes, niños, en el juego:
no juguéis con armas ni con fuego.





HACIA LA ESCUELA

¿Qué aprenderemos
hoy en la escuela?
Tal vez la historia
de alguna estrella,

la de una piedra,
flor o semilla...
¡Todo lo sabe
la señorita!

Un bello libro
también leemos:
versos, y cuentos
de niños buenos.

Y dibujamos,
sacamos cuentas,
sabemos marchas,
formamos ruedas.

Hoy es un canto,
mañana un juego;
todos los días
hay algo nuevo.

Allí aprendemos
de muchas flores
y pajaritos
los lindos nombres.

Luego, contentos,
al encontrarlos,
como a amiguitos
los saludamos.

¿Dónde aprendemos
sino en la escuela,
todo lo hermoso
que el mundo encierra?

EFECTOS DE SOMBRA

—¿Qué pasa? —preguntaron todos a Tito, al verle llegar corriendo, de la quinta, pálido de susto.

—Hay un hombre escondido entre las plantas, cerca de la pared —explicó Tito, reponiéndose un poco.

Alarmado, don Augusto tomó su bastón y salió afuera. A los pocos minutos volvió riendo:

—Ven, Tito; quiero que veas de cerca lo que tanto te ha asustado.

Y tomándole de la mano, le llevó al jardín.

Cuando hubieron dado unos pasos, Tito, a quien no satisfacía esta excursión nocturna, exclamó:

—¡Ahí está, papá; junto a la pared!

—Ya lo veo, hijito. Ahora mueve un brazo ¿verdad? Vamos a darle las buenas noches...

—¿Entonces, es un hombre bueno, papá? —preguntó Tito, siguiéndole, sin soltarse de su mano.

—Es incapaz de matar una mosca...

Al llegar a la pared, Tito exclamó algo confundido:

—¡Era un hombre de sombra!

En efecto; lo que Tito había tomado por un

hombre escondido, era la sombra producida por un árbol junto con algunas piezas de ropa, colgadas en él para que se secaran.

—Ya ve, amiguito; no hay que ser tan miedoso, ni asustarse de las sombras... —le dijo su papá.

Y al volver los dos al comedor, donde los otros les esperaban, propuso a todos don Augusto:

—¿Quieren que, así como apareció aquel hombre en la pared de la quinta, haga yo aparecer en esta pared, un conejo, una paloma?... Les enseñaré a *proyectar*, por medio de las manos, sombras que tendrán exactamente la forma de distintos animales.

—¡Miren! Mi paloma mueve las alas...

—¡Mi conejo abre la boca!





EL SANTO DE MAMÁ

Hoy tu día, madrecita,
festejar todos queremos;
una madre cariñosa
¿no es un regalo del Cielo?

Ella nos viste, nos cuida,
nos prepara el alimento;
nada tememos, pues ella
vela también nuestro sueño.

Nos enseña, nos dirige,
sufre si estamos enfermos,
adivina nuestras penas...
¿cómo pagar sus desvelos?

Ya sabemos tus hijitos
cuál es tu mayor deseo,
madre mía, y por que seas
tú feliz, seremos buenos.

Ya mis hermanos por turno
sus trabajos te ofrecieron:
Juancito escribió una plana,
Adita bordó un pañuelo,

Y un ramo te ofreció Jorge
de sus jazmines más bellos.
Yo nada tengo que darte,
pues soy aún muy pequeño.

Mis brazos no han aprendido
ningún trabajo; mas llenos
de contento y de ternura,
saben rodear tu cuello...

Yo no tengo, madrecita,
otras flores que mis besos;
mas nada como ellos puede
decirte cuánto te quiero.



CAZA DE MARIPOSAS

—¡Cuántos insectos hay esta noche alrededor de la lámpara! ¡Se conoce que hace calor! Chicos, ¿quieren ayudarme a recoger las mariposas *nocturnas* que me faltan en la colección?

Los niños llevaron una canastita y la tapizaron por dentro con hojas verdes.

En el centro pusieron una velita encendida. Para que las mariposas no se quemaran las alas en ella, y para que el viento no la apagara, la cubrieron con un vaso. Pero, como la falta de aire también hubiera apagado la luz, dejaron, por debajo del vaso, una abertura.

Luego, colocaron la canastita entre los árboles del jardín.

—La dejaremos aquí toda la noche y mañana tempranito sorprenderemos a las mariposas en su reposo — dijo don Augusto.

En efecto, a la madrugada siguiente, vieron en el interior de la canastita, sobre las hojas verdes, una multitud de mariposas... de todos tamaños, de todos colores. ¡Parecían allí dormir, como en

una verdadera cuna! Y las había también en los troncos de los árboles cercanos.

Los niños pudieron contemplarlas a su gusto. Al mismo tiempo dejaban oír sus exclamaciones:

—¡Mira ésta! Se parece a un buho, con ese pico negro y curvo, y los ojos saltones, que son como dos bolitas, negras también...

—¿Y esta otra con alas amarillas y verdes? ¡Tiene el cuerpo casi tan grande como un pajarito!

—De noche verías que sus ojos brillan como verdaderos rubíes.

—¿Las miraremos con tu lente, papá?

—Sí; pero antes recojámoslas con cuidado.



LA ARAÑITA COMPASIVA

En el suelo, en un rincón de la glorieta, se encontraron la muñeca, el ovillo de lana y la aguja de tejer de Adita.

Se lamentaban las tres cosas del abandono en que su dueña las dejaba.

—Agujita — dijo la muñeca — ¿no podrías hacerme un vestido? Empieza el frío, y no tengo con qué cubrirme.

—Calla, calla, no me entristezcas — contestó la aguja; — recuerdo los días tan felices en que bailaba en manos de Adita. Sola, nada puedo; olvidaré mi oficio. ¡Pobre de mí!, me estoy cubriendo de moho.

—Y tú, ovillito de lana — dijo entonces la muñeca — ¿no podrías hacerme un vestido? Empieza el frío y no tengo con qué cubrirme.

—Nada puedo sin la aguja — contestó el ovillo con un suspiro; — y la aguja, ya lo has oído, tampoco puede moverse por sí sola. También recuerdo yo los días en que con ella corría y me desenvolvía gustoso entre los dedos de Adita.

Mi deseo era convertirme en un abrigo, bonito y útil; y ahora sólo sirvo para juguete del gato.

En eso, la muñeca vió a una araña que escuchaba la conversación.

—¡Oh! arañita —le dijo;— sé que eres una gran tejedora... ¿No querías hacerme un vestidito? Empieza el frío y no tengo con qué cubrirme.

—Con mucho placer, hermanita —dijo la araña; y empezó a tejer y a tejer de un brazo a otro, y desde los pies hasta el pescuezo de la muñeca. Tejió por último, sobre la cabeza, de modo que, además de vestido, Muñequita parecía llevar también un manto de tul.

—Gracias arañita —dijo la muñeca;— me has hecho un vestido muy original.

Cuando Adita se acordó de su muñeca, de su ovillo de lana y de su aguja de tejer, y fué en su busca, tuvo una exclamación de sorpresa:

—¡Ven, mamá, a ver mi muñeca toda cubierta de telas de araña!

—¿Ves? —le dijo su mamá.— La arañita ha sido más diligente que tú. Viendo a tu muñeca sin tener con qué cubrirse, ahora que el frío empieza, se ha compadecido de ella y le ha tejido un vestido.

—Muñequita —dijo entonces la niña;— perdóname mi abandono; yo te haré ropas más abrigadas.

El ovillo y la aguja reían de la sorpresa de Adita, y del gusto de haber sido recordados por fin.

La araña, observándolo todo, desde un rincón, también se reía del curioso efecto que causaba su obra.



¿QUÉ SERÁ?

—¿Qué será una cosa blanca que tengo en la mano?

—¿Es tiza?

—No; es un producto animal.

—¿Es un huevo?

—No; no es comestible.

—¿Es un hueso?

—No; es flexible.

—¿Es una pluma?

—No; es textil.

—¿Qué quiere decir *textil*?

—Que puede tejerse.

—¿Es crin de caballo blanco? Yo he visto una tela de crin.

—No; es más suave y más flexible que la crin, y guarda mejor el calor.

—¿Es lana!

—Sí; es lana.



VISTIENDO LA MUÑECA

—Mamá ¿quieres cortarme un modelo de vestido para mi muñeca? Lo quisiera a la última moda... Emplearé, para hacérselo, este delantal mío. Está tan roto que ya no puede componerse. ¡Y me gusta tanto su color rosa!

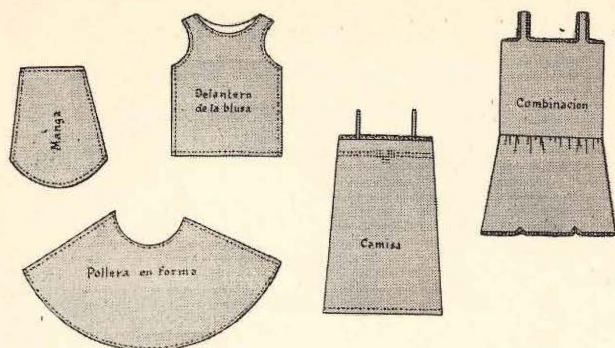
—Será un vestido poco abrigado para el tiempo que hace. Tu pobre muñeca seguirá sufriendo de frío.

—No olvides, mamá, que le estoy tejiendo, además, un tapado de lana. Lo hago en ese “punto de arroz”, que me ha enseñado tía Adelia. Hago un punto en la cadena y otro “en el aire”. Es muy fácil, y resulta un tejido muy abrigado.

—Me gusta verte tan trabajadora, Adita. Algunas chicas no quieren sino tejer; otras prefieren coser. Es necesario saber un poco de todo.

La mamá cortó el modelo en papel, diciendo:

—Aquí tienes los *moldes*. Voy a dibujarte, además, el *figurín*, para que veas cómo ha de quedar. Será un vestidito sencillo y elegante. Por todo adorno, lleva una corbatita negra.



—Me gusta mucho, mamá—dijo Adita, mirando el dibujo. Y colocando luego los papeles sobre la tela, de modo que evitaba las roturas, cortó el vestido.

—Con la tela que sobra —añadió— haré el sombrerito.

Cuando el vestido y el gorrito estuvieron cosidos y terminados, Adita pensó en la ropa interior. Utilizó para ella los retazos sobrantes de una costura de su mamá, y la adornó con una puntilla angostita.

—¡Ya está vestida mi muñeca!—dijo entonces con alegría.

—Le faltan algunas cosas —observó Juan.—

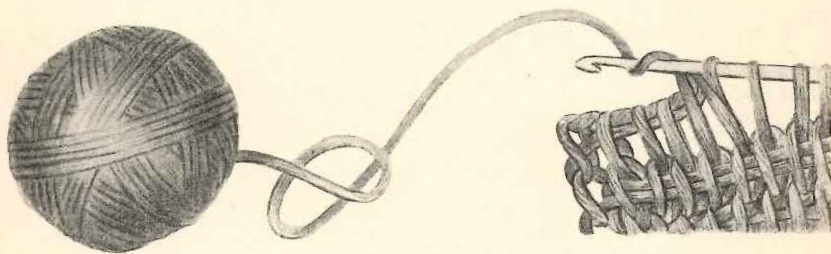
¿Quieres que le haga los zapatos? Los haré con un guante de cabritilla fuera de uso.

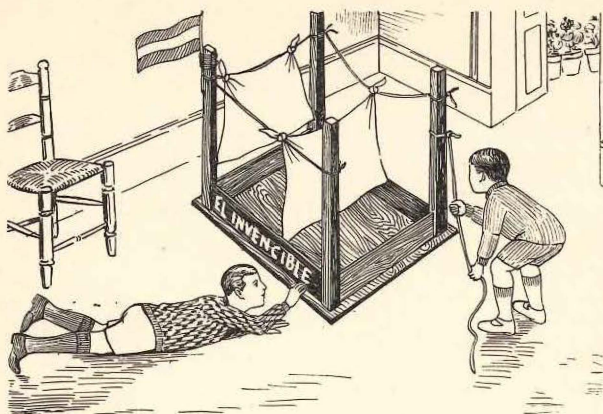
Tito se encargó de las medias; cortando la caña de una de sus medias viejas, las hizo muy fácilmente.



Jorge fabricó una cartera de cartulina del mismo color del vestido. Para cortarla, le sirvió de modelo un sobre que despegó con cuidado.

—¡Ahora sí que está bien vestida la muñeca! Parece una niña esperando que la lleven a pasear.





EL INVENCIBLE

Los botes son de madera. La mesa chica también es de madera. Jorge piensa que debe flotar en el agua como un bote. La pone en el suelo, patas arriba y la examina. Alrededor de la tabla grande se levanta un bordecito; puede, pues, servir de bote. Las patas son los mástiles; ata a ellas dos servilletas, y ya están las velas. En una de las patas, sujeta, además, una bandera de papel azul y blanco. Y, como sabe que los barcos tienen

nombre, toma una tiza y escribe en uno de los bordes: *El Invencible*.

Adita, Juan y Tito, al ver la obra, miran a Jorge con admiración. Éste, muy orgulloso, levanta la mesa-bote, y les dice:

—Vamos.

—¿Adónde?

—A la laguna — ordena Jorge con aires de capitán.

Llegan a la laguna, y, con gran cuidado, depositan su carga sobre el agua. Todos aplauden: ¡qué alegría! ¡*El Invencible* navega como un verdadero bote!

Jorge tiene en sus manos el extremo de una sogá atada a una pata de *El Invencible*, para poder amarrarlo. Lo atrae de nuevo a la orilla, y, como el más intrépido marinero, salta a bordo de su bote, entregando la sogá a Juan.

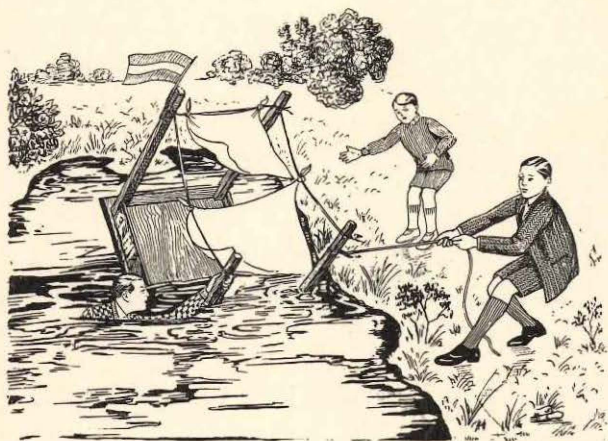
El Invencible sostiene un instante aquel peso; pero, ¡adiós, bote de vela! La mesa ha sentido de pronto deseos de plantarse sobre sus cuatro patas y de dejar a Jorge debajo, como cuando juegan a las escondidas.

Los niños asustados gritan. ¡Felizmente la laguna no es profunda! Jorge se agarra a la mesa,

y Juancito, tirando de la soga, arrastra hasta la orilla al invencible vencido, y al marinero hecho pescado.

Pero Jorge no pierde ánimo nunca, y en cuanto puede hablar, mientras chorrea el agua de sus ropas, dice:

—Esta vez me había olvidado de los remos y del timón. Cuando mi padrino me regale el juego de carpintería que me ha ofrecido, construiré yo mismo un bote verdadero, con todo lo necesario.



LO QUE DICE TITO



Andantino

Voy cre- ciendo poco a poco; crece más pronto el ma- iz; pero

la planta está quieta, yo co- rro y soy más fe- liz. Ca- da

día en el es- pe- jo me mi- ro a ver si cre- ci; pa- ra

crecer como y duermo, si no creciera, ay de mí. Pue.do ha.

-cer ya mu.chas pruebas; en un ár.bol sé 'tre._par, y a-ca-.

-ballo, en una caña, muy va-liente ga.lo _par. Ya se.

me ha ca.í _doun diente y otro nuevo me sal _drá, cuando.

sal_ga i _réa laes _cue.la: me lo ha ñi.cho mi ma._ma.

A BUEN VENDEDOR, BUEN COMPRADOR



Yo tengo en mi tienda telas, cintas y puntillas.

Las vendo por *piezas* o por *metros*, y no doy ni un *milímetro* de menos.

Yo soy almacenero y vendo comestibles y otros artículos.

Los sólidos, como el azúcar, los vendo por kilos, pesándolos en mi balanza. Pongo en un platillo la pesa y en el otro el azúcar, hasta que queden los dos a la misma altura.



Los líquidos, como el vino, el aceite y el kerosén, los vendo por *litros*.



Yo he puesto un bazar.
Vendo tazas con sus
respectivos platos, y copas
por *docenas*; floreros por
pares, y otros objetos por
unidades. ¿Quieren una
muñeca? ¿Quieren media
docena de vasitos?

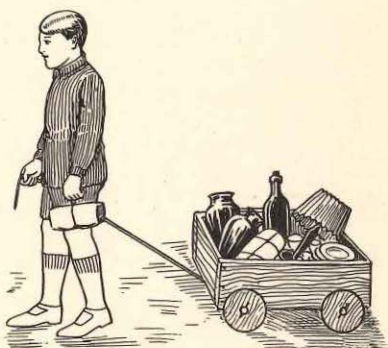
Yo soy el comprador.

Compraré en la tienda dos metros y medio de
tela, una pieza de cinta y ochenta centímetros
de puntilla.

Compraré en el almacén medio kilo de nueces
y un litro de vinagre.

Compraré en el bazar una lámpara, un par
de floreros y media do-
cena de tazas.

Compro por dinero.
Pago con *pesos* y *centavos*,
y no doy ni un centavo
de menos; pero quiero
que me vendan la me-
dida exacta y artículos
de buena calidad.



POR OCULTAR LAS TRAVESURAS

—¡Qué vistoso florero para mi bazar! — dice Jorge. Y empinándose, trata de alcanzarlo. ¡Zas! El florero cae y se hace mil pedazos.

Jorge tira a la basura los trozos más grandes, para que nadie vea el florero roto. Pero a la mañana siguiente, salta descalzo de la cama, y como en el suelo quedaron vidriecitos, se lastima un pie. ¡Pobre Jorge! Al verse sangre piensa que su herida es grave, y llora.

Su mamá acude al oírle, y Jorge tiene que explicar la causa de sus lastimaduras.

Si desde el principio hubiera confesado su falta, su mamá le hubiera perdonado; pero, por haber tratado de ocultarla, se llevó un buen reto además de las lastimaduras.

Éstas, por ser pequeñas, sanaron pronto, pero la lección recibida, Jorge no la olvidará.



LA CAMPANA

—¿Por qué han llegado tan tarde? ¿No se dieron cuenta de la hora?

—Sí, señorita... Oímos dar la hora en el reloj de casa; pero nos entretuvimos jugando.

—Me gusta tu sinceridad, Jorge. Pero no hay que desobedecer ni al reloj ni a la campana. En Alemania suele contarse a los niños este cuento:

Había en un pueblecito una campana cuya voz llegaba a todas las casas. Y era tan dulce su sonido que, en cuanto la oían, los niños de la vecindad corrían hacia la escuela, alegres y presurosos, cantando por el camino:

¡Oh, dulce campanita, tú nos amas,
cuando a la escuela, con tu son nos llamas!

Gustavo, sin embargo, era un niño tan perezoso que se resistía a la amable invitación, y decía:

Aunque es tu voz suave, campana,
a mí más me gusta la cama.



Y seguía durmiendo.

Su mamá le decía: “Gustavo, Gustavito, si no obedeces a la voz de la campana, ella misma vendrá a buscarte”.

“¡Oh! — pensaba Gustavo — la campana está en la escuela, colgada muy alto, de un gancho.”

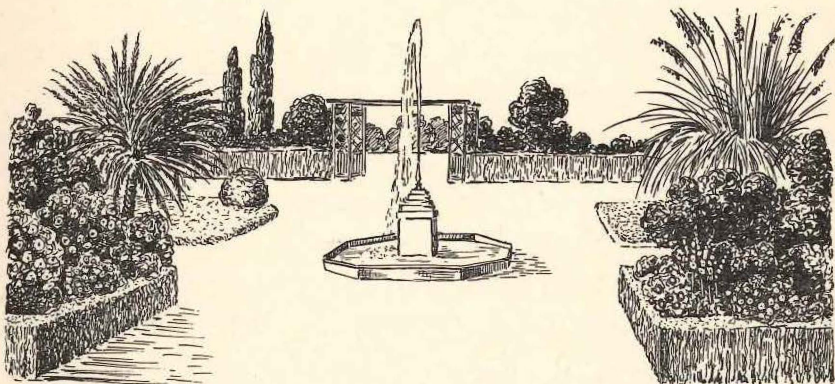
Pero una mañana oyó como en sueños un gran repiqueteo, y vió al mismo tiempo a la campana que entraba por la puerta de su cuarto. Aterrado, saltó de la cama y comenzó a correr. La campana seguía tras él, le alcanzaba, se le ponía de sombrero. Ya iba a cubrirle entero, cuando, con gran habilidad, Gustavo logró escaparse. Se encerró en el cuarto contiguo; y mientras la campana seguía llamando y llamando, se vistió rápidamente.

Luego saltó por la ventana, y atravesando la plaza, corrió en dirección a la escuela.

Todavía, mientras corría, oía a la campana repiqueteando tras él. Sin aliento, se sentó en su pupitre. Cuando, tranquilizado por fin, pudo mirar a la campana, ella estaba de nuevo en su sitio, colgada del gancho.

Desde entonces, Gustavo tuvo buen cuidado de salir para la escuela a la primera llamada. ¡Y qué agradecido quedó a la campana!

Gracias a aquella lección, fué un niño aplicado y después un hombre útil.



A PESCAR

—¿Qué haces, Jorge, con esa pipa y esa boina?

—Soy un pescador.

—¡Ja, ja! Un pescador sin río, sin bote, ni pescados!

—¿Quieres ver cómo anda mi lancha?

Los chicos ven en el suelo, en medio del patio, la pequeña alfombra que Juan y Jorge tienen entre sus dos camas.

—¿Ese es tu bote? — preguntan.

—Ese es — contesta Jorge con calma.

—¿Y dices que anda?

—Y digo que anda... cuando yo remo.

—¿A que no anda?

—¿A que sí?

Jorge salta dentro de su bote.

—Alcánzame el remo — dice a Tito.

Tito, desde la orilla, que es una puerta, le tiende el remo, que es una escoba. De pie, en medio de la alfombrita, Jorge apoya sobre el suelo la escoba, tomándola por el cabo, y hace fuerza con el cuerpo para el lado contrario. La alfom-

bra, con Jorge sobre ella, se desliza por el suelo.

—¿Qué tal? — pregunta.

Esta vez Jorge triunfa. Una remada tras otra, y su bote recorre el patio en todas direcciones.

—¡Préstamelo, préstamelo! — piden todos.

—Primero llevaré a Tito a dar un paseo por el río — decide Jorge.

Tito se sienta en el bote y Jorge rema, siempre de pie.

—¡Adiós! ¡adiós! — dice Tito, saludando alegremente a sus hermanos.

Luego, desde el bote o desde la orilla, se ponen todos a pescar, uno con un bastón, otro con un paraguas, otro con un palo cualquiera.

¿Qué pescan? Zapatos que han diseminado por el suelo... Y no es del todo fácil pescar zapatos con caña. Es cierto que se ven, que no se escapan; pero no muerden el anzuelo como los peces verdaderos, y hay que saber encontrar el equilibrio para sacarlos ensartados en la punta de un bastón.

Terminado el juego ¿guardarán, los chicos, los zapatos en su sitio? Es de esperar que sí; pues su mamá les da mucha libertad en los juegos, pero no consiente en que dejen las cosas desordenadas.

UNA COSA ME ENCONTRÉ...

*Una cosa me encontré, y si no aparece el dueño.
siete veces lo diré; con ella me quedaré.*

—¿De qué está hecha?

—De madera y hierro.

—¿Tiene pies?

—Uno solo.

—¿Camina?

—No, pero baila.

—¿Baila de pie?

—Y también de cabeza.

—¿Y canta?

—Mientras baila.

—¿Y cuando se cansa?

—Cae rodando por el suelo.

—¿Y puede volver a bailar?

—Si le ayudo con mi piola...

Ya lo he dicho siete veces,

y si no aparece el dueño...

—¡Adiviné! ¿Es mi trompo?

—Sí, es tu trompo; tómalo.



EL HERBARIO

Adita ha recibido, como regalo, de su tía Adelia, un cuaderno ancho y grande. En su tapa se lee, escrito con letras doradas, este título: “Herbario”.

Después de revisarlo, página por página, siente Adita una pequeña desilusión al verlas todas en blanco, pues había esperado encontrar figuras. Vuelve entonces a leer el título y pregunta a su tía:

—Pero ¿qué es un *herbario*?

—Un herbario es un cuaderno para coleccionar hojas secas. Y si se quiere, para clasificarlas también — le responde Adelia.

—¿Las hojas amarillas y rotas que caen de los árboles en otoño?

—No, Adita; hojas de todas clases, cortadas y puestas a secar con cuidado. Yo te enseñaré a juntarlas.

Tía y sobrina salen al jardín. Adelia lleva una caja y unas tijeras. Siguiendo sus indicaciones, Adita corta, de cada planta, una hoja y la guarda en la caja. Y cuando ha juntado bastantes, las coloca una por una, estirándolas, entre las páginas de un libro que ya no sirve. Allí las deja secar.

Cuatro días después Adita ve, complacida, cómo las hojas, tratadas así, aun secas conservan sus bonitas formas.

Entonces toma su herbario, y en cada página pega algunas hojas, formando con ellas variadas figuras. Debajo de cada hoja escribe el nombre que le corresponde.

Está tan entusiasmada Adita con su herbario, que lo muestra a todas las personas de la casa.

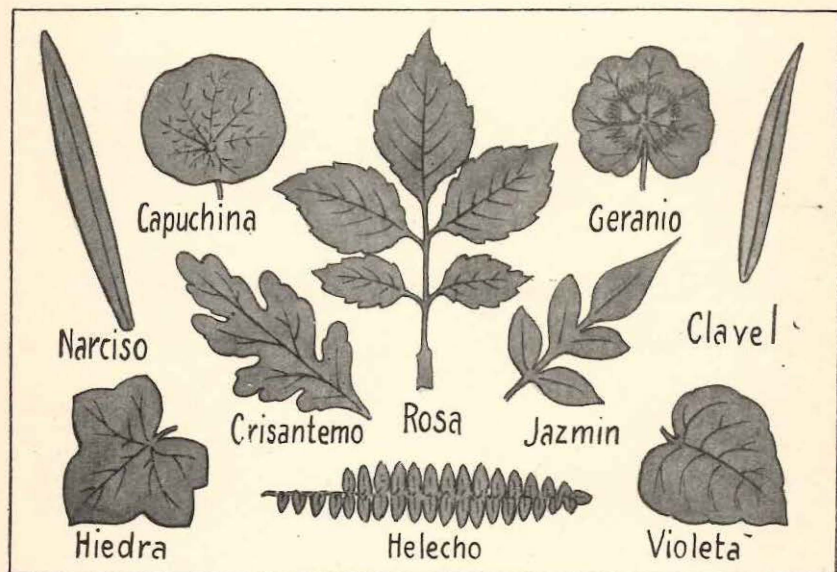
Juan le ofrece llevarle hojas de jacarandá del árbol del colegio, Jorge le promete ir al río a buscar hojas de plantas acuáticas, y Tito... Tito propone cortar yuyos del campo.

Todos se ríen de la ocurrencia. Pero Tito no

se desalienta y lleva sus yuyos, entre los cuales hay algunos muy delicados y curiosos.

Adita los recibe agradecida, y llena con ellos una página del herbario, en la cual escribe: "Hojitas juntadas por Tito". Resulta una de las más bonitas.

Pero Adita no se contenta con juntar hojas. Ha puesto también a secar muchas flores menudas: violetas, pensamientos y algunas florcitas silvestres. Con ellas llenará otras páginas de su herbario, formando pequeñas coronas, guirnaldas, y otros dibujos.





LA LAMPARITA

(CUENTO DE LA ABUELA)

—¡Adita, Juan, Jorge y Tito! Son las nueve. ¡Vengan a acostarse! ¡No tienen sueño? Les contaré un cuento:

Había una vez una chica muy pobre que se llamaba Teresa. Cosía, una tarde de invierno, a la luz de una vela de sebo, cuando, de pronto, vió salir de la tierra un enano. “Niña — le dijo el enano — toma esta lamparita. Yo mismo la llenaré de aceite todas las mañanas. Pero te advierto que sólo contendrá el necesario para las horas de oscuridad”.

Y desapareció. La niña miró la lamparita que era de cristal azul.

“¡Qué bonita!” — pensó. — Pero mayor fué su alegría cuando, encendiéndola, vió esparcirse por el cuarto una luz suave y tibia. ¡Nunca había visto luz más brillante ni más hermosa! ¡Cómo se calentaban sus manecitas, cuando las acercaba a la pantalla de vidrio blanco y resplandeciente!

A la luz de la lamparita ¡con cuánto gusto estudiaba sus lecciones, y se acostaba luego bendiciendo a Dios!

Una mañana Teresa tuvo frío y pensó: “¡Si encendiera mi lamparita? El enano es muy bueno; si el aceite se concluye me traerá más. Además, parece que la lamparita está siempre llena; quizá el enano me ha engañado.” Y Teresa encendió su lamparita en pleno día.

Al llegar la tarde la luz disminuía, y a la noche ¡adiós luz! Se apagó la lámpara. El aceite se había concluído.

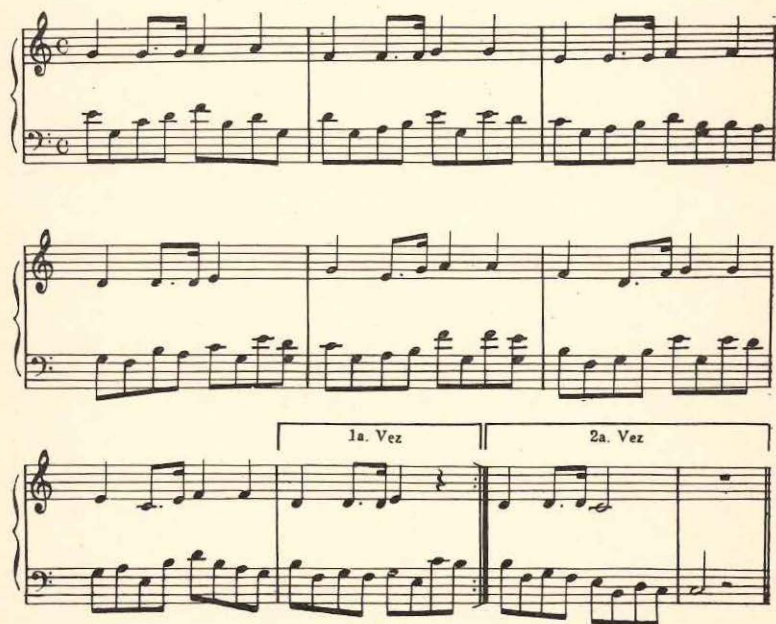
¡Y qué noche tan fría! Inútilmente imploró Teresa, y llamó al enano. El enano no apareció; y ella tuvo que pasarse la noche a oscuras, llorando en un rincón...

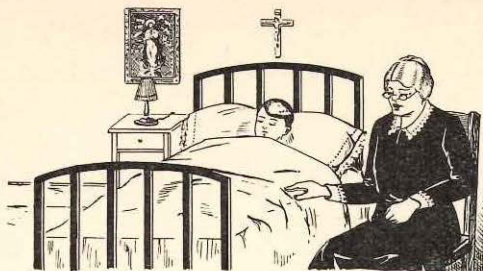
Cada uno de vosotros, queridos nietecitos, es

una lamparita; con la diferencia de que ella brilla de día y no de noche... Cuando cerráis los ojos para dormir, un ángel pasa y llena vuestros corazoncitos con el aceite necesario para el día siguiente.

Si en lugar de dormir, el niño pasa la noche jugando, hace lo mismo que Teresa: cree que las fuerzas no se acaban nunca.

Pero cuando llega el día, ese niño está cansado y descontento. No puede jugar, ni reír, ni estudiar. ¡Ha gastado el aceite de su lamparita!





CANCIÓN DE LA ABUELA

(Con la música anterior)

Niño, tú eres
la lamparita
que llena el ángel
de mi canción.

Su vivo aceite,
durante el día,
dará a tu espíritu
animación.

Con llave de oro
te dará cuerda,
para que marche
tu corazón.

Te trae el sueño,
y lo que pesa
sobre tus ojos
sus alas son.

Niño de mi alma,
te doy mis besos,
te doy mis cantos
y mi oración.

Cierra esos ojos
para que venga
el ángel bueno
de mi canción.

EL AMIGO DEL HOMBRE

Ovejero es un buen perro. Ayuda a su amo a encerrar las ovejas en el corral. Corre tras ellas dirigiéndolas por el buen sendero. Cuando no le obedecen, las muerde levemente en las patitas.

Caridad pide limosna para los inválidos y los ancianos. Lleva colgada al cuello una alcancía con este letrero:

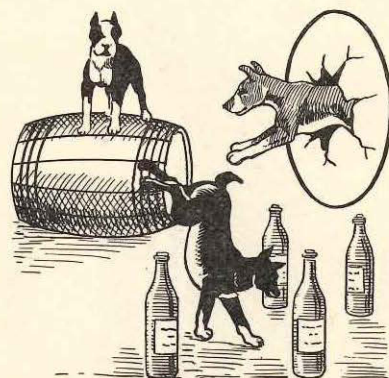
*Yo soy Caridad;
dadme una moneda;
pues debe, a los pobres,
ayudar quien pueda.*



Sube a los trenes y a los tranvías. Cuando algún viajero distraído olvida echar una moneda en su alcancía, Caridad lo toca suavemente con la pata, como diciéndole: "¡Una limosnita por el amor de Dios!" Y nadie deja de dársela. Son muchos los pesos que Caridad ha reunido así para los necesitados.

Compasivo guía al viejecito ciego por los caminos. Cuando el viejecito se sienta a descansar, *Compasivo* se echa sobre sus pies para calentárselos.

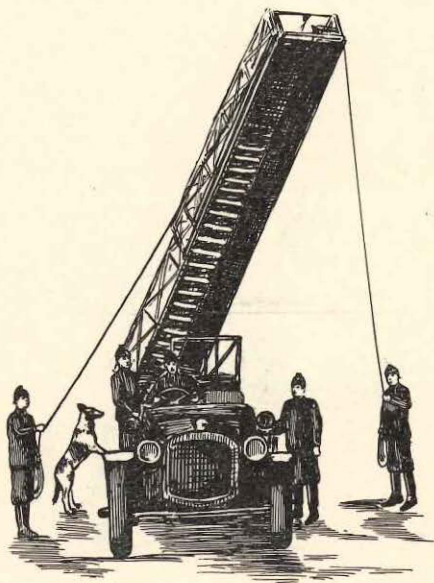
Jin, *Bin* y *Kin*, trabajando en un circo, ayudan a su dueño a ganarse la vida. *Jin* salta por un aro, *Bin* hace pruebas sobre un tonel, y *Kin* camina entre botellas.



También representan, entre los tres, una *pantomima* que los niños aplauden con entusiasmo.

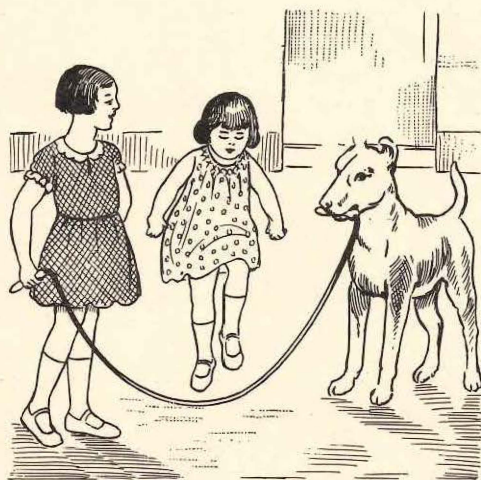
Temerario acompaña al vigilante, durante sus largas horas de guardia, y le ayuda a prender a los malhechores. Él es, a veces, quien primero alcanza al ladrón que huye, y, mordiéndolo del saco, lo sujeta hasta que el vigilante llega.

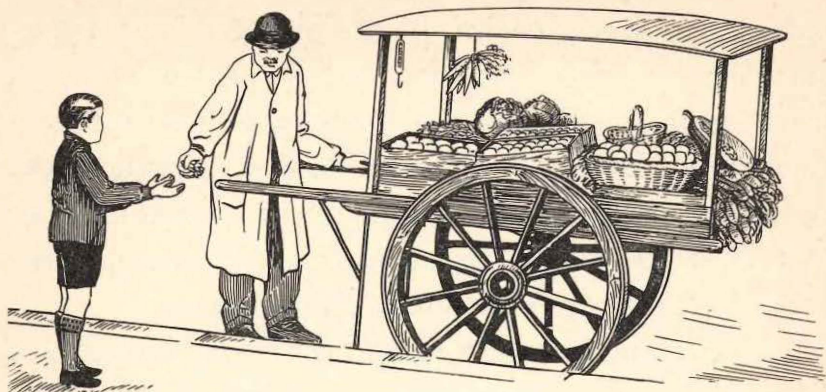
Valiente, el perro bombero, no es menos bravo que *Temerario*. En cuanto suena la campana, se coloca de un salto sobre el carro de incendios. Un día, mientras los bomberos combatían el fuego



en una casa de varios pisos, Valiente subió por una escalera que encontró apoyada ante la ventana de la buhardilla. Un bombero heroico acudió al aviso del perro que ladraba, y sacó del cuarto a un niño de meses, medio asfixiado por el humo. La madre había ido al mercado y nadie sabía que el niño estuviera en la casa.

Amigo juega a las escondidas con Ignacito y Luis María. Corre por toda la casa buscando a sus compañeros. Y cuando Guillermina y Rosa saltan en la cuerda, Amigo sostiene entre los dientes un extremo de la soga.





LA RIQUEZA DE MAX

—¿De qué traes los bolsillos tan llenos, Max? Parece que van a reventar...

—Adivinen. Son unas cositas que me regaló el verdulero.

—Danos algún otro dato.

—Cada una, cuando se abre, parece una cuna donde duermen cinco hermanitas.

—¡Ah, ya sé! Son alverjas.

—Has adivinado. Aquí están. ¿Qué podemos hacer con ellas?

—Una sopa. Yo sé cocinar. Las coceremos primero en agua con sal, después...

—No, Adita... Más vale jugar con ellas. Que Max las reparta entre todos. Yo traeré palitos, y veremos lo que cada uno es capaz de hacer.

—Me parece una buena idea. Tengo veintiocho vainas, y, como somos siete, nos tocan cuatro a cada uno. Repartamos...

—Y aquí están los palitos; repartamos también...

—¡Miren a Tito! En cuanto ha recibido sus alverjas, ha ido corriendo a dárselas a los pollitos.

—Y yo ya formé un *triángulo*.

—¡Gran cosa! No se trata, Jorge, de concluir pronto, sino de hacer algo bueno.

Ya verás; haré una serie de figuras *geométricas*. He aquí un *cuadrado*. Ahora haré un *pentágono*.

—¿Pentágono?

—Sí, porque tiene cinco lados; aquí está.

—Tiene la forma de un farol.

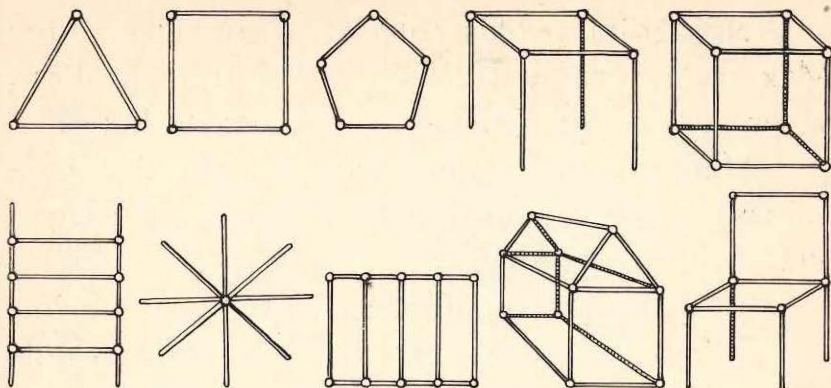
—Miren. Yo tengo una mesita.

—Y si le añades cuatro alverjas y cuatro palitos más, puedes tú también representar una figura geométrica: un *cubo*.

—¡Qué miedo me da la araña de María Delia!

—No es una araña, Juan; es el sol. Aquí está la escalerita por la que subí al cielo para bajarlo.

—Esta es mi casa.



—¡Qué casualidad! Yo he hecho un cerco. Te lo regalo, Manolo, para rodear tu quinta.

—Gracias, Marco Arturo.

—¡La casita merece el primer premio!

—A mí más me gusta la silla de Max, dijo Adita, que venía corriendo del jardín, trayendo a Tito de la mano...

—¿Y tú qué has hecho, Adita?

—¡Ah! Mi obra será quizá la mejor de todas. Tito me ha ayudado; pero ni él ni yo diremos nada. Y sólo dentro de algunos días, podrán verla. ¿Qué será?

EL SECRETO DE ADITA

Adita había corrido al jardín. Arrodillada al pie de una ventana, había abierto en la tierra, con un cuchillo, cinco agujeritos.

En eso vió a Tito que volvía del gallinero y le dijo:

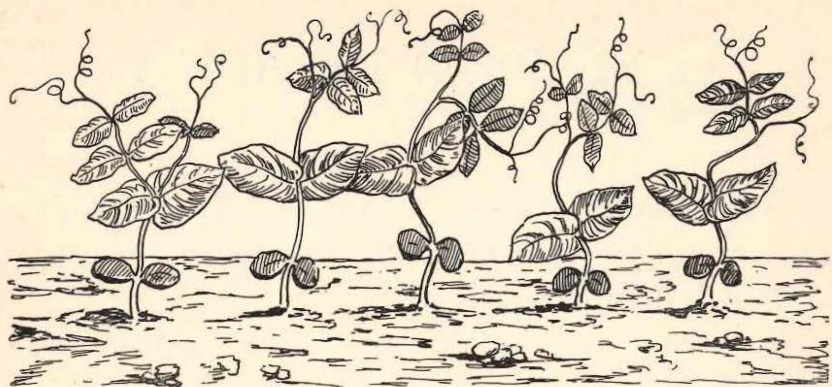
—Ven, querido. Has sido generoso dando tus alverjas a los pollitos; en recompensa te contaré un secreto; pero ¡chist! no lo digas a nadie...

En cada agujero pusieron tres alverjas, y luego lo volvieron a tapar. Tito llevó su regaderita y regaron la tierra.

Después, cada día, fueron a ver si habían brotado los granos enterrados, hasta que, por fin, vieron asomarse dos hojitas verdes, muy tiernas. Pronto aparecieron cinco plantitas y empezaron a crecer.

Tito quería contarle a todos, pero Adita le hizo callar todavía.

Por último, las plantas estiraron sus ramas hasta el marco de la ventana, y un día se cubrieron de florecillas blancas.



Entonces sí que Adita llamó a sus hermanos y a sus primos, y, llena de alegría, les mostró el resultado de su obra.

—¿No es esto más lindo que el rancho de Manolo y la silla de Max? — les preguntó.

—Está preciosa tu ventana, Adita; ¿pero qué tienen que ver estas plantas con la silla que yo hice?

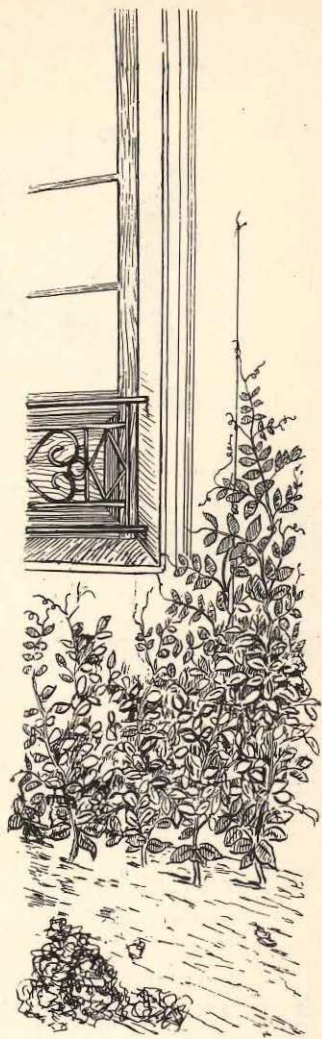
—¿Qué tienen que ver? Ni más ni menos que el haber brotado de las alverjas que me diste. Mientras ustedes formaban sus figuras, yo las plantaba con Tito...

—¡Qué bonitas flores! ¿Nos darás algunas para llevárselas a la señorita?

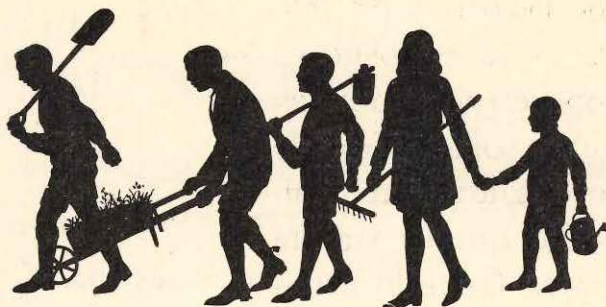
—Bueno, Max... Te doy una ramita a ti... pero las demás no las cortemos. ¿No recuerdas que lo primero que propuse fué que hiciéramos una sopa? Pues de estas flores saldrán más vainas que las que tú trajiste para todos. Cuando estén *en sazón*, les invitaré a comer mi sopa. ¡Ya verán qué sabrosa será!

—Y mientras tanto tienes adornada tu ventana... ¡Viva Adita que plantó la alverjita! ¡Viva Tito que la regó!

—¡Y viva la alverjita!

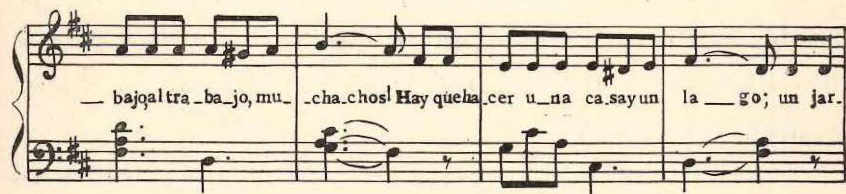


¡AL TRABAJO!



Con moto.





CASITA DE BARRO

¿Qué hacen tan afanados Manolo, Juan y Jorge? Han cavado un pozo, que luego han llenado con la tierra removida, volcando sobre ella un balde de agua.

Arremangados hasta los codos, sumergen los brazos en aquel barro y lo amasan. Y por fin, ayudándose con una cajita, forman con el barro pequeños trozos regulares.

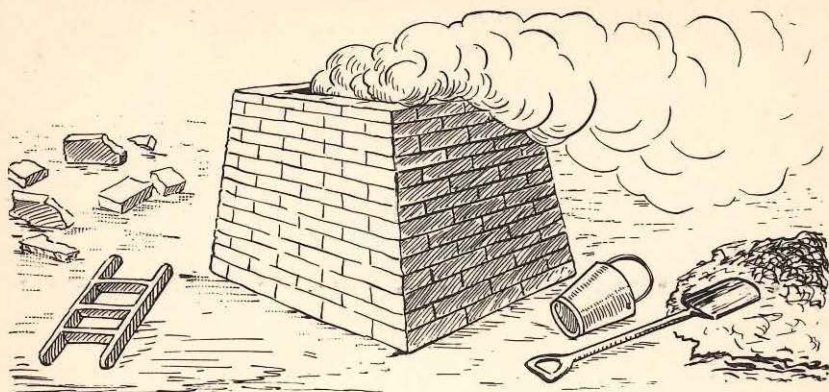
Son ladrillos en preparación.

Con cuidado, para que no se peguen unos con otros, los van colocando, uno por uno, en el suelo, sobre hierba desmenuzada. Cuando el sol los seca de un lado, los dan vuelta para que se sequen del otro.

—Mientras acaban de secarse, hagamos el horno — propone Juancito.

—¿Para qué? — pregunta Tito, que ha sido admitido como ayudante de los tres obreros.

—¿No sabes que los ladrillos con que se edifican las casas, no son sino barro cocido?



—Entonces ¿por qué no los pones en el horno de la cocina?

—¡Qué locura! ¡Se llenaría de humo la cocina! ¿Y qué diría la cocinera? Haremos un horno de ladrillos como los verdaderos.

Los chicos no han visto nunca un horno de ladrillos; pero saben que es como un cuarto sin techo, ni puerta, ni ventana; más ancho abajo que arriba.

Con los ladrillos viejos, hacen, pues, el horno. Antes de cerrar sus cuatro costados, han colocado adentro, en hileras, los trozos de barro ya secos. Y entre ellos, ramas secas y paja que servirán de leña. Cuando encienden el horno, sale

por la abertura una espesa nube de humo, lo cual regocija a Tito.

—Mientras se cuecen los ladrillos, preparemos el terreno para edificar nuestra casa — propone ahora Manolo.

Y allá van todos, y trabajan hasta dejar bien limpio el terreno elegido. Apartan los cascotes, arrancan los yuyos, y emparejan la tierra.

Cuando vuelven a ver el horno, encuentran el fuego apagado. ¡Y los ladrillos no están colorados todavía!

—No importa — dice Juan; — como el barro estaba bien amasado, estos ladrillos negros resultan bastante sólidos.

—Pero no muy bonitos — observa Adita, que mira trabajar a sus hermanos.

—Lo importante para una casa es que sea sólida — insiste Juan.

—También es importante que la casa sea bonita — replica su hermana.

—Ya trataremos — dice Jorge, con aire entendido — de que la casa sea *sólida y bonita*.

—Ahora — ordena Manolo — para trabajar como verdaderos *albañiles*, preparemos la *argamasa*. Ya saben que a mí me nombraron *capataz*.



LOS ALBAÑILES

—Aquí está la cal — dice Jorge.

—Aquí hay arena — dice Manolo.

—Y aquí hay agua — dice Juan. — Tenemos que mezclarlo todo.

Tomando cada uno un palo, empiezan a revolver. No pueden hacerlo con la mano porque, al caer sobre la cal viva, el agua hierve como si estuviera en el fuego.

—¡Qué linda mezcla! — exclama Tito, y quiere acercarse a ver; pero sus hermanos no se lo permiten, porque puede hacerse daño.

Cargan en una carretilla los ladrillos que ya

están fríos, y en un balde llevan la argamasa al sitio señalado para la construcción.

—Yo que voy a ser *arquitecto*, haré el *plano* — dice Jorge, sacando del bolsillo un metro plegadizo, del cual no se separaba nunca. — Y para esto, voy a medir el terreno.

—No se necesita plano, porque la casa será de una sola habitación.

—No importa; yo dibujaré un plano, indicando las dimensiones de la pieza; y también el sitio de la puerta y de la ventana — insiste Jorge.

Luego, con una azada, marca un *rectángulo*, contra una pared de la quinta, para no tener que levantar más que tres paredes.

Sobre el *perímetro* señalado, cavan los chicos una zanjita y colocan, en su fondo, una hilera de ladrillos: son los *cimientos*.

—Los *cimientos* deben ser fuertes, pues en ellos se afirma la casa — explica el futuro arquitecto.

Los obreros son ágiles; pronto terminan las paredes, dejando un hueco para la puerta y otro para la ventana. Así la casa tendrá la luz y el aire necesarios.

La puerta y la ventana serán de madera.

¿De qué pondrán el techo? ¿De zinc? No; la

paja es más fresca, más bonita, y más fácil de conseguir. Con gajos de árbol forman la armazón; luego la cubren con la paja ya cosida de algunas envolturas de botella. Y queda concluido el techo; inclinado, para que corra el agua de las lluvias.

Los chicos saltan alrededor de la casita:

—¡Bravo! ¡Ya está terminada! ¡Bastante que nos costó! ¡La venderemos? ¡La alquilaremos? ¡Si la rematáramos?

—¡No, no! Nos daría pena desprendernos de ella...

—Los obreros verdaderos, cuando colocan el techo de una casa, *enarbolan* en ella una rama verde, en señal de fiesta — dice Manolo.

—Ponle más bien mi bandera — ofreció Tito, corriendo a buscarla.

La abuelita, el abuelo, la mamá, el papá, y todos los habitantes del Arca de Noé, acuden a la *inauguración del edificio* a que han sido invitados por los chicos.

La casita tiene: paredes de *material*, puerta y ventana de madera, techo de paja y una banderita de adorno, como si se festejara una victoria.

En realidad, Manolo, Juan y Jorge, han obtenido el triunfo de su trabajo.



EL JARDÍN

¿Adónde van, ahora, Manolo con una pala, Juan con su carretilla cargada de plantas, Jorge con su azada, Adita con un rastrillo y Tito con su regadera?

¡Parece una procesión! Los albañiles de ayer, trabajadores infatigables, son hoy jardineros. Van a hacer el jardín delante de la casita.

Trazan los cuadros, cavan la tierra y plantan: en los bordes manzanilla, más adentro violetas, y en los centros malvas, gajos de rosales y claveles. Tito riega...

Juan quiere hacer una montaña; Jorge un estanque.

Todos pueden satisfacer sus deseos.

Juan acarrea, en la carretilla, tierra para su montaña. Cuando está bastante alta, la cubre con gramilla, que riega luego abundantemente.



Jorge aprovecha, para su estanque, el pozo que ha hecho Juan al sacar la tierra para la montaña. Lo revoca por dentro con tierra romana, amasada con agua. Cuando esta pasta esté seca, podrán echar el agua sin temor de que la tierra la absorba.

Adita adorna los bordes del estanque plantando helechos, e incrusta en la tierra, formando dibujos caprichosos, las conchitas y caracoles de colores variados que su tío Eduardo le trajo de la costa del mar.

Terminado el jardín, los jardineros invitan a sus amiguitos a visitarlo.

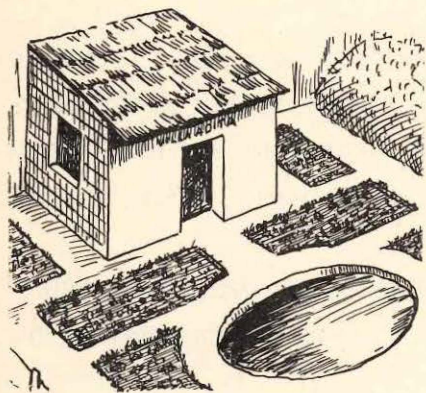
—Faltan dos cosas— dice María Delia: —pintar la casa, y poner una reja alrededor del jardín, para que no entren perros ni gallinas que lo destruyan.

¡Vuelta al trabajo!

Con cal disuelta en agua, blanquean las paredes.

Y con alambre y estacas clavadas en la tierra, forman un cerco, dejando una abertura para el portón, que será de madera.

Por fin Juan, muy satisfecho, toma un pedazo de carbón y escribe con grandes letras en el frente de la casa ya blanqueada: “Villa Adita”.



Adita da las gracias, y los chicos aplauden.

¡Verdad que es bonita “Villa Adita”?
¿Podrían ustedes construir una igual?

LA MUELA DE MANOLO

Manolo tiene una muela enferma. ¡Pobre Manolo! ¡Cómo le duele! Si se la sacaran, no le dolería más. Pero Manolo tiene tanto miedo, que, apenas oye nombrar al dentista, corre a esconderse debajo de algún mueble.

¿Cómo hará su papá para llevarle a casa del dentista? Le llevará sin decirle nada.

Y Manolo sale muy contento a pasear con su papá.

—¿Adónde vamos, papá?

Su papá no quisiera engañarle; pero si le dijera: “a casa del dentista”, Manolo se echaría a correr como un loco por la calle, hasta hacerse aplastar por un automóvil.

Ya han llegado. Y Manolo pregunta:

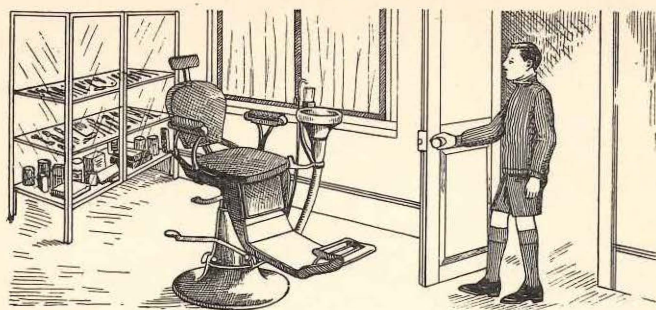
—¿Quién vive aquí, papá?

El papá no le dice nada.

—¿Quién es ese señor, papá?

El papá no le dice nada.

Pero, cuando al entrar en la sala, ve Manolo el gran sillón y los aparatos, ya no pregunta más.



¡Bien comprende de qué se trata! Y empieza a correr como un gato, sin saber lo que hace.

Salta por sobre las mesas, pasa por debajo de las sillas, se agarra de la vitrina en que están los aparatos... Detrás de él corren el dentista y el papá.

¡Ah Manolo! ¡Ya te cazaron!

Sujetos los brazos y las piernas, le abren por fuerza la boca, el dentista mete su tenaza y ¡zas!...

Mientras Manolo, apenas libre, corre escaleras abajo y su papá detrás de él, el dentista consternado, contempla, en la punta de su instrumento, una muelita blanca y brillante como una perla. ¡Le ha sacado una muela sana!

—¡Pícaro chico! — murmura enojado. — ¡Por qué se movería tanto?

Al día siguiente don Manuel recibe esta cuenta del doctor Müller:

	<u>Pesos</u>
Por dos sillas rotas.....	8
Por una vitrina y aparatos hechos pedazos	120
Por el pestillo de una puerta, descompuesto	2
Por mi saco nuevo destrozado	20
Por sacar una muela	<u>5</u>
TOTAL	155

¡Ciento cincuenta y cinco pesos y una muela sana! ¡He ahí el precio del miedo insensato de Manolo!

LA FIESTA DE MANOLO

Entretanto, Manolo no podía comer caramelos; a veces no dormía, y lloraba. ¡Tan agudo era su dolor de muelas! Entonces él mismo pidió que lo llevaran de nuevo a casa del dentista; pero no a la del doctor Müller, porque tenía mucha vergüenza.

Esta vez Manolo ni siquiera esperó a que se lo dijeran, para sentarse en el sillón del dentista, pues tenía gran prisa de verse libre de sus dolores. Además, quería reparar su falta pasada, mostrándose muy valiente. El doctor Thompson se asombró de verle tan animoso.

Después de sacada la muela enferma, cesaron por fin los dolores, y Manolo tuvo tal alegría que quiso dar una fiesta, e invitó a sus primos Adita, Juan, Jorge y Tito, y a sus vecinos Max, Marco Arturo, Adrianita, Roberto, Margarita, Victorita, Dick y Ángel.

En el patio de su casa había preparado varias hileras de sillas, como en el teatro, y con cajones, tablas y ramas, construyó el escenario.

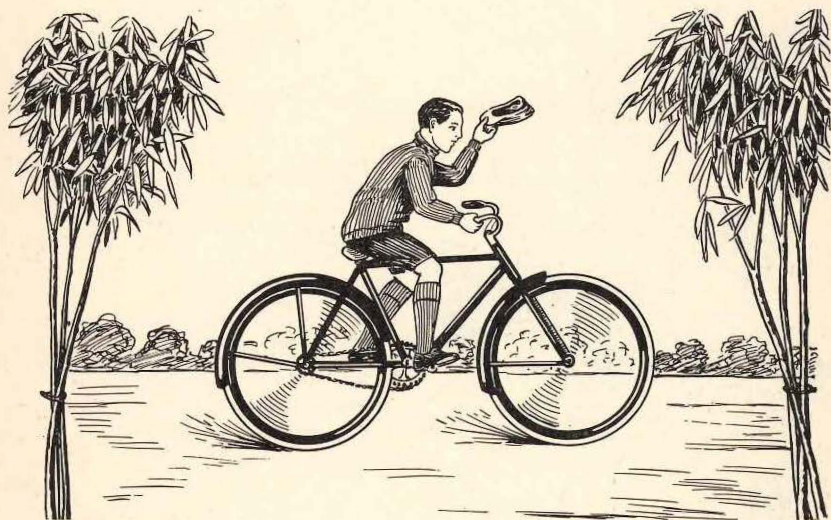
Allí ejecutó Manolo muchas pruebas en su bicicleta, y pronunció un discurso.

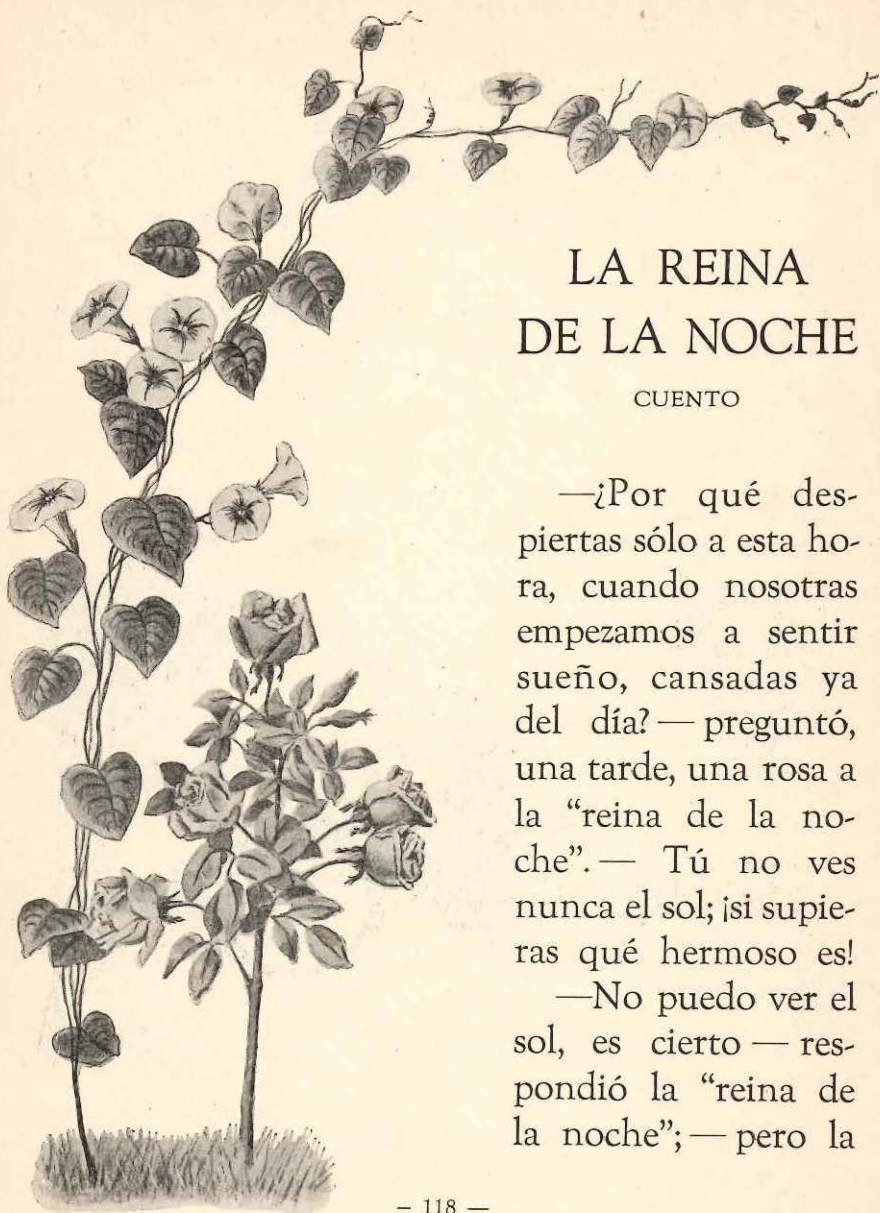
Luego Max, con un traje adornado, como de torero, presentaba una capa punzó a Bravo, el perrito de Manolo. Bravo lo embestía como un verdadero toro.

Pero lo más lindo de la fiesta fué la representación de la "Caperucita Roja". Adrianita, con la misma capa de torero y con una canastita en el brazo, hacía de Caperucita Roja.

Cuando llegó el momento en que el lobo, en la cama de la abuelita, dice: “para comerte mejor”, Marco Arturo lo dijo con una voz tan gruesa, con unos ojos tan terribles, y abriendo una boca tan grande, que Adrianita se asustó. Casi creyó que era verdad.

¿Quién de ustedes sabe el cuento de la Capucita Roja? ¿Y quiénes sabrían representarlo como Adrianita y Marco Arturo?





LA REINA DE LA NOCHE

CUENTO

—¿Por qué despiertas sólo a esta hora, cuando nosotras empezamos a sentir sueño, cansadas ya del día? — preguntó, una tarde, una rosa a la “reina de la noche”. — Tú no ves nunca el sol; ¡si supieras qué hermoso es!

—No puedo ver el sol, es cierto — respondió la “reina de la noche”; — pero la

luna y las estrellas son mis amigas. Al atardecer, despierto descansada para mirarlas hasta que desaparecen. Si quieres, te contaré por qué soy así.

—¡Oh; sí, cuéntenoslo! —dijo la rosa. Y los pimpollos se pusieron a escuchar también. A pesar de estar muertos de sueño, abrían sus pétalos de curiosidad.

La “reina de la noche” comenzó su relato:

“Cuando bautizaron a la primera de nosotras, mis padres invitaron a cuatro hadas del jardín, sin acordarse de que existía otra hada más que tenía muy mal carácter.

Acudieron las cuatro hadas buenas al bautismo, y la primera dijo:

—Que sea siempre blanca.

—Que conserve la forma de una estrella, para que sea la preferida de los astros —dijo la segunda.

—Que sea perfumada —dijo la tercera.

En esto, el hada de mal carácter que, por no haber sido invitada, estaba furiosa, gritó desde lejos:

—¡Que duerma todo el día!

Felizmente, la cuarta hada buena no había pronunciado aún su voto, y me salvó diciendo:

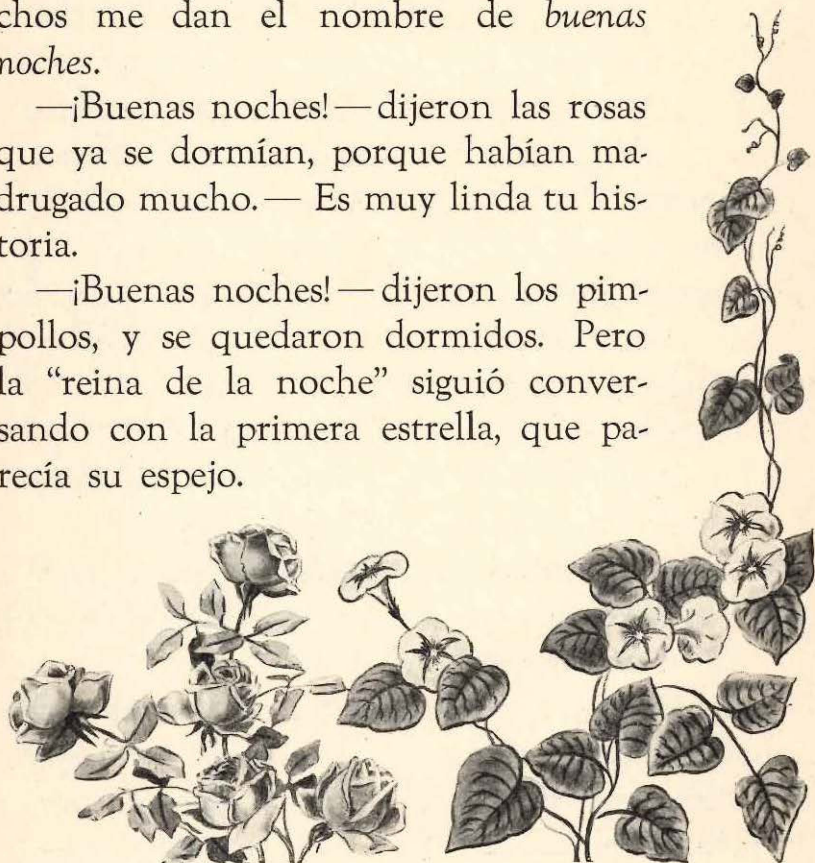
—Pero que despierte fresca y lozana con la primera estrella...



Por eso, al anochecer, cuando vosotras inclináis vuestros tallos, yo levanto la cabeza para contemplar esa primera estrella que es mi mejor amiga. A los que pasan delante de mí, les parece que despierto para decirles con mi perfume: ¡buenas noches! Así, muchos me dan el nombre de *buenas noches*.

—¡Buenas noches!— dijeron las rosas que ya se dormían, porque habían ma-
drugado mucho. — Es muy linda tu historia.

—¡Buenas noches!— dijeron los pimpollos, y se quedaron dormidos. Pero la “reina de la noche” siguió conversando con la primera estrella, que parecía su espejo.



LAS ISLAS

—¿Quieren ir al Tigre? — preguntó una tarde Eduardo a sus sobrinos.

Adita, Juan y Jorge, aceptaron la invitación con entusiasmo.

El tranvía eléctrico los llevó en pocos minutos a la estación Retiro, donde tomaron el tren.

Después de recorrido el pintoresco camino, llegaron al Tigre.

Allí subieron en un bote. Eduardo y Juan remaban; Adita y Jorge se turnaban en el oficio de *timonel*. Dirigían el bote, tirando de la sogá de la derecha, cuando tenían que doblar a la derecha; de la de la izquierda, cuando debían doblar a la izquierda. Como el bote era muy liviano, no tardaron en llegar a una isla donde desembarcaron, amarrando el bote a un árbol para que no se lo llevara la corriente.

¡Qué peras tan apetitosas había en la isla; amarillas, grandes, sanitas! ¡Y cuántos duraznos, membrillos y manzanas!

Eduardo, amigo del dueño de la isla, y autori-

zado para hacerlo, juntó una buena cantidad de aquella fruta. Luego se sentaron todos a comerla, a la sombra de los frondosos sauces de la orilla.

La fruta del Tigre es tan sabrosa y abundante, porque las inundaciones continuas, además de regar la tierra, depositan sobre ella grandes cantidades de *limo*. El limo contiene restos vegetales que la fertilizan.

Los niños admiraron también las variadas flores que adornaban la isla, y entre todos hicieron un precioso ramo.

Adita cortó flores de caña blanca.

—¡Qué perfume exquisito tienen!— exclamó.— Por su forma parecen mariposas.

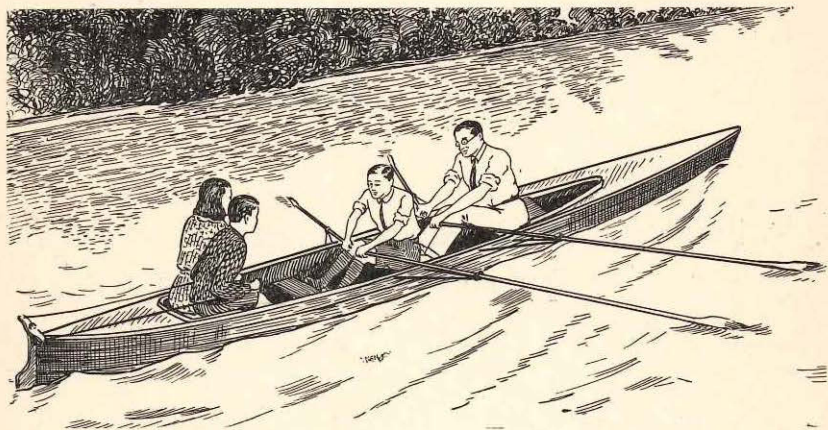
—Por eso, en algunas partes, las llaman “mariposas griegas”— le contestó su tío.

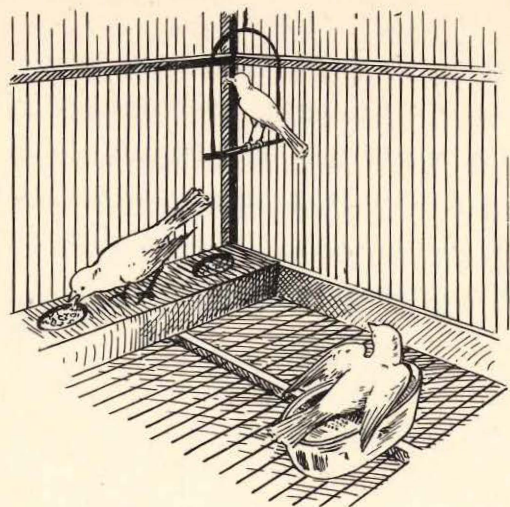
Juan se subió a un ceibo, y cortó los vistosos racimos de flores rojas. Y Eduardo se embarró los botines buscando helechos en el centro de la isla.

Por fin, cargados de flores, tío y sobrinos subieron de nuevo al bote para volver a la estación. Allí vieron grandes canastos de frutas que los isleños habían llevado en sus botes. Un botero les explicó que aquella fruta sería transportada en el

tren para ser luego vendida en los mercados de la ciudad.

De vuelta, en su casa, los niños hicieron participar a sus padres de las alegrías del paseo, contándoles cuanto habían visto. Y no se olvidaron tampoco de agradecer a su tío Eduardo el placer que les había proporcionado.





LOS CANARIOS

Adita, tiene cinco canarios. Hace un año tenía solamente dos. Su padrino se los había regalado en una bonita jaula dorada.

Cuando llegó la primavera, su mamá le dijo: “Ha llegado el tiempo en que los pajaritos ponen sus huevos. Los canarios son muy delicados y no quieren que nadie mire su nido, ni sus huevos, ni sus pichones”.

Adita, cubrió parte de la jaula con un lienzo;

puso dentro unas ramitas para que sostuvieran el nido, y, entre los alambres, un pedazo de arpillera que serviría para construirlo.

La diligente canarita, arrancando una y otra hilacha de la arpillera, volaba a colocarla entre las ramas. Una tarde permaneció en ellas mayor tiempo que de costumbre, y no volvió a buscar ya más hilachas.

Adita, llena de curiosidad, aprovechando un momento en que la canaria había bajado para comer, levantó una puntita del lienzo, y vió, tejido de hilachas, un nidito redondo con los bordes muy altos. Y en el fondo del nido un huevito blanco con pintitas azules.

Pocos días después, la canaria no abandonaba ya el nido más que para comer. Adita contaba los días que faltaban para que salieran los pichones.

Una mañana creyó oír un *pío pío* muy débil. Su corazón latió fuertemente. Pegando el oído a la jaula, tuvo la certeza de que no se había engañado. *Pío, pío*, gritaban los pichones. ¡Cuántos serán? ¡Dos? ¡Cuatro?

Al fin se aventuró tímidamente y, como la vez anterior, levantó la puntita del lienzo. Tres ca-

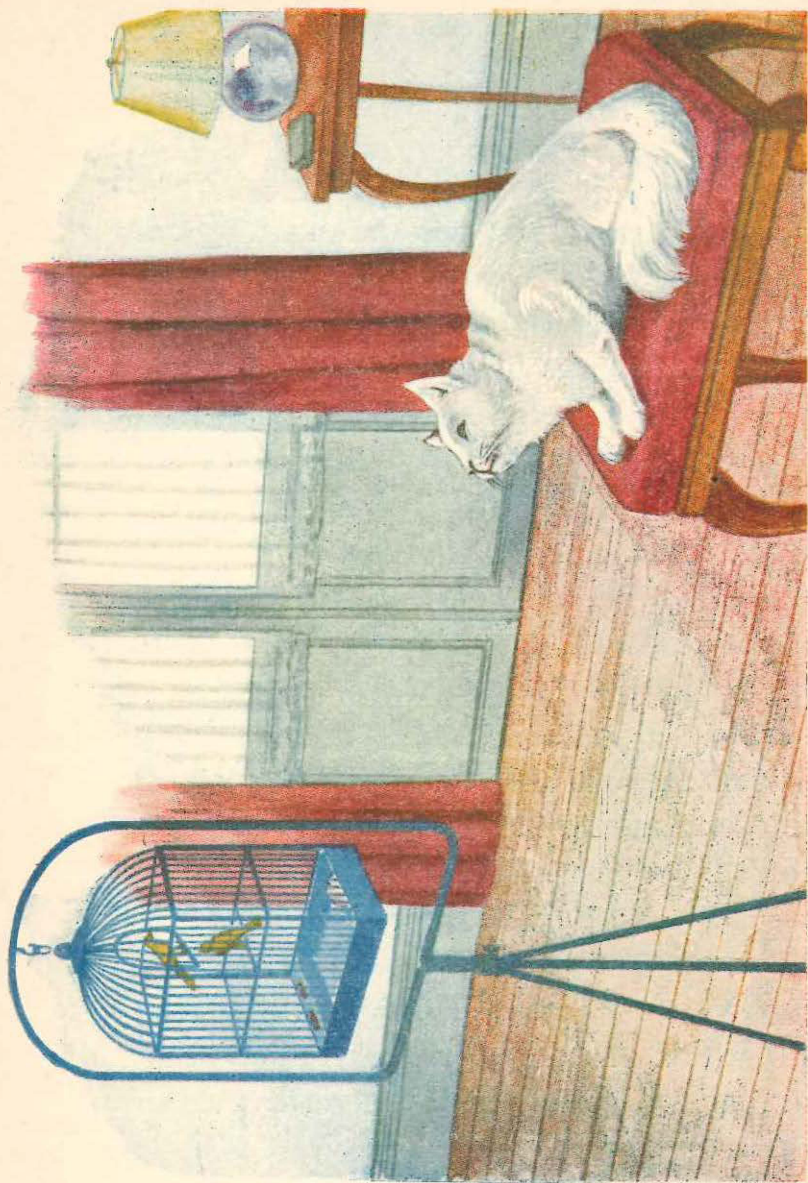
becitas peladas, con los ojos saltones, los párpados negros y cerrados, con un pico grande muy abierto, se asomaban fuera del nido, esperando que la madre les llevara su comida. ¡Pobrecitos! Adita contenía la respiración para no asustarlos. Tembló pensando que, por su curiosidad, la madre pudiera abandonarlos.

Llevó un huevo cocido y, dividiéndolo por el medio, lo introdujo en la jaula. Y corrió luego a participar el acontecimiento a su papá, a su mamá y a sus hermanitos.

Cuando, volando torpemente, los pichones bajaron por primera vez del nido, Adita, Juan, Jorge y Tito no pudieron contener su admiración. Tenían apenas quince días y estaban ya cubiertos de plumas amarillas como sus padres, y saltaban de un palito a otro. Ahora, uno de los pichones trata de imitar los trinos del canario grande.

Todas las mañanas, Adita limpia la jaula de sus canarios. Les cambia el agua; así la tienen fresca para bañarse y para beber; y les pone alpiste, lechuga y huevo duro.

Pero nada gusta tanto a los pequeños cantores como el azúcar y las uvas.



CONTEMPLACIÓN

PATITAS DE TERCIOPELO

—¡Mira el gato! Se pasa así las horas, inmóvil, contemplando a los canarios.

—¿Qué pensará? ¿Será que le parecen bonitos? ¿O que le gusta escuchar su canto?

—Lo que le gustaría sería comérselos...

—¡Oh!, yo lo he visto muchas veces en el jardín mirando a la luna del mismo modo, y no querría comerse la luna, ¿verdad?

—¡Claro que no! Pero ¿no lo hemos visto también tratando de cazar los pajaritos sueltos? En cuanto bajan al suelo, ya está el gato en acecho, escondido entre las plantas...

—¡Pobres pajaritos! Felizmente tienen alas y no caerán fácilmente en sus garras...

—Pero debemos tener cuidado de no dejar nunca la jaula a su alcance.

¡Pícaro Mimoso! ¿No te damos bastantes golosinas? Ven más bien a jugar con nosotros, con tus patitas de terciopelo, escondiendo las uñas como sabes hacerlo. Así nos divertiremos sin hacer daño a nadie.

LOS FUNERALES DEL PAJARITO

(ADAPTADO DEL INGLÉS)

- ¿Quién mató el pajarito?
- Yo, con mis garras, dijo el gavilán.
- ¿Quién lo vió morir?
- Yo, dijo la mosca, con mis buenos ojos.
- ¿Quién recogió su sangre?
- Yo, dijo la amapola, en mi fuentecita.
- ¿Quién tejió su mortaja?
- Yo, dijo la araña, con mi hilo de seda.
- ¿Quién cavará su fosa?
- Yo, dijo el peludo, con mis manecitas.
- ¿Quién lo velará?
- Yo, dijo la luciérnaga, con mi linterna.
- ¿Quién tocará la campana?
- Yo, dijo el grillo, con mi *gri, gri*.
- ¿Quién será el organista?
- Yo, dijo el sapo, con mi *croac, croac*.
- ¿Quién le cantará un salmo?
- Yo, dijo el zorzal, con mi más dulce canto.
- ¿Y quién le llorará?
- Yo, dijo la pajarita, con mi *pío, pío*.

HISTORIA DE UNA PELOTA

Antes de ser lo que soy, viví largo tiempo encerrada en un árbol, en un bosque del Brasil. Era yo entonces una savia blanca y lechosa; subía y bajaba por el interior de las ramas.

Un día unos hombres hicieron varios tajos en el tronco del árbol y caí líquida en una vasija.

Me estiraron sobre una tabla, y sentí que me ponía más espesa y pegajosa... Me hicieron luego pasar por un fuego de coco, y me convertí entonces en una pasta morenita y seca.

Después me llevaron a una fábrica. De ahí salí con la forma que ahora tengo. Mi alegría fué muy grande. ¡Podía rodar por el mundo! Y mayor fué mi contento cuando me vi de un hermoso color rojo brillante...

Pero debía aún pasar largo tiempo en una tienda, dentro de una canasta, con muchas compañeras. Me aburría allí, porque teníamos que estarnos quietas.

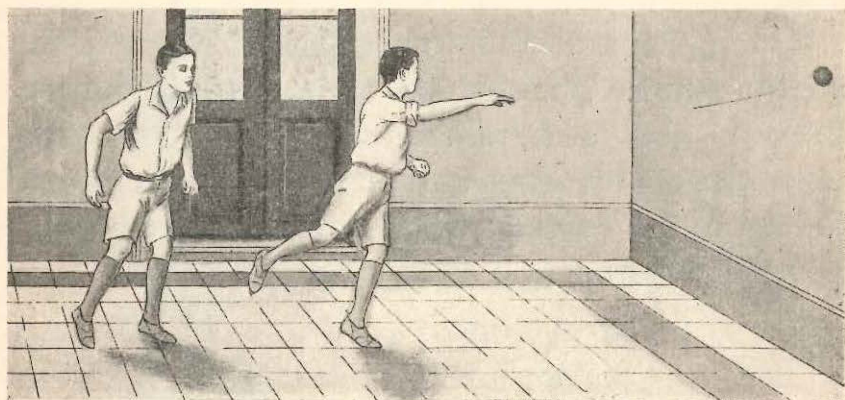
Sólo pudimos rodar un poquito, una vez que alguien tropezó con la canasta y la volcó. Pero

en seguida nos recogieron, y volvimos a la quietud.

Cuando entraba algún comprador, el tendero nos llenaba de elogios. Yo me ponía orgullosa, y brillaba más que nunca. Los chicos deseaban llevarme, pero encontraban que era “muy cara”.

Un día —¡no me olvido!— me llevé un gran susto. Un muchacho revoltoso me tomó en sus manos, y dijo: “Me gustaría saber lo que tiene adentro.” Me alegré entonces de ser “tan cara”. Eso me salvó seguramente de caer en su poder.

Por fin, unos niñitos me llevaron. Era un día de fiesta. ¡Qué contentos estábamos! ¡Cómo sal-



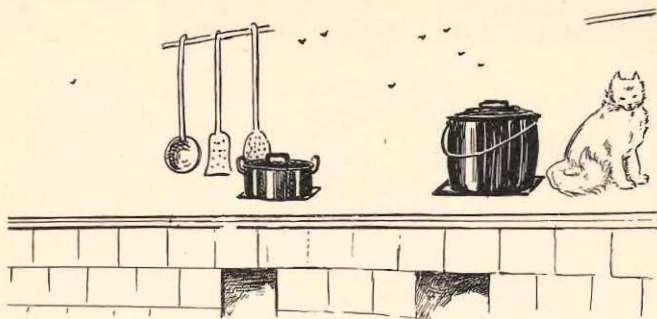
tábamos todos! Me tiraban contra la pared, y yo volvía, pegaba en el suelo, rebotaba, y entraba de nuevo en la mano de mis amiguitos.

Jugábamos siempre así, hasta que una vez ¡ay! salté tan alto, que caí en la azotea de una casa vecina. No sabía cómo bajar de allí, pues sola no puedo caminar sino en una pendiente.

¿Qué será de mí?, me preguntaba...

Por fin, anoche empezó a llover. ¡Qué miedo tenía! Me ponía pálida, cada vez más pálida. En eso sentí que el agua me llevaba por un caño angosto... Creí que el caño no tenía fin, cuando ¡zas! caí rápidamente en un aljibe. Felizmente sé nadar; floté en el agua, y, como ven, no me he ahogado...

Esta mañana unos chicos, con gran sorpresa, me vieron salir en el balde del aljibe. En seguida me llevaron a sus vecinitos, pensando que podría pertenecerles. Mis antiguos dueños agradecieron la devolución, y me recibieron con gran alegría, aunque encontraron que estaba algo “desteñida”.



UNA SIESTA EN LA COCINA

CANCIÓN DE LAS MOSCAS



¡Zum, zum, zumbemos
brillando al sol,
mientras se arrastra
el caracol!

Somos las reinas
de la cocina,
hasta que llegue
doña Justina.

Mientras el queso
come el ratón,
el gato duerme
junto al fogón.

Y que la pala,
su compañera,
baila, con gracia,
una *ranchera*.

Cuelga de un clavo
una sartén;
en ese espejo
me veo bien.

En la rosada
nariz del gato,
yo muy contenta
descanso un rato.

Salta una chispa
y otra del fuego,
como estrellitas
siguiendo un juego.

¡Cuidado, moscas,
con esa araña!
Tiende su tela
con mucha maña.

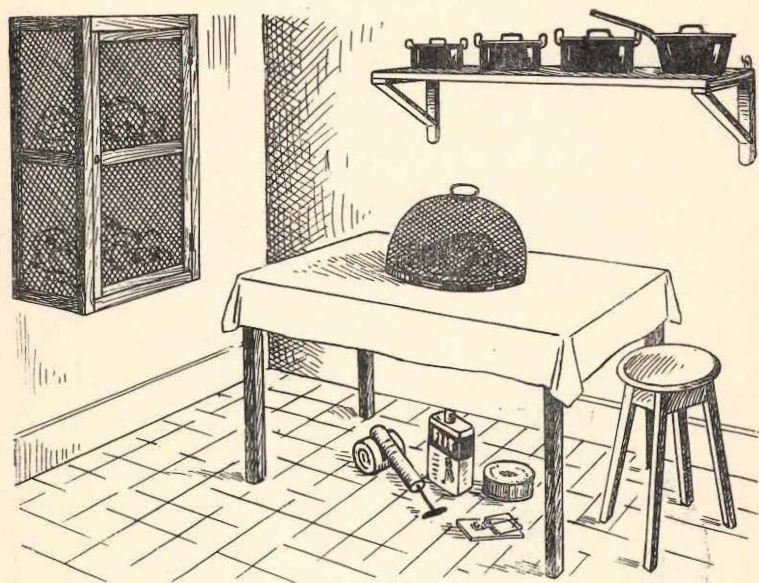
El agua hierve.
¡Qué musiquita!
Mueve la tapa
de la marmita.

¡Ay! ¡La Justina
con su plumero!
¡Adónde iremos?
¡Al gallinero?

La escoba sueña,
en un rincón,
que está bailando
un *pericón*.

No, que Justina
amasa roscas.
¡No son acaso
para las moscas?

Mientras esto cantaban las moscas, entraba a la cocina Justina, la cocinera. No con un plumero, pero sí llevando, en una mano, una trampa para dar caza a las lauchas, y en la otra, un *pulverizador*. Con este aparato llenará el aire de un líquido que matará a todas las moscas.



EL HERMANITO

(ADAPTADO DEL INGLÉS)

Benito era un niño *desaseado*. Dejaba sus libros en el suelo, y sus zapatos húmedos sobre la mesa; metía los dedos en las fuentes de dulces, y derramaba tinta en su mejor delantal. Todo lo perdía, todo se le olvidaba; eran continuos sus descuidos.

Un día entró en su cuarto el hada del Aseo. “Esto no puede continuar”, le dijo. “Vé y quédate en el jardín esperando a tu hermano, mientras yo pongo orden en tus cosas.”

“¡No tengo hermanos!” — dijo el niño.

“Sí; tienes uno” — repuso el hada. — “Puedes no conocerle, pero él te reconocerá. Si sales al jardín, no tardarás en verle llegar.”

“No sé lo que quiere decir” — pensó el niño; pero salió al jardín y esperó.



Vió venir un gato, y le preguntó: “¿Eres mi hermano?”

“Vé y mírate en el espejo — contestó altivamente el gato — y tendrás la repuesta. Me he estado lavando al sol toda la mañana, mientras que tú... ¡Bien se ve que ni un poquito de agua has tocado! No hay criaturas semejantes a ti en mi familia. ¡Estoy humildemente satisfecho de poder decirlo!” Y se alejó moviendo la cola.

El niño esperó.

Pasó un jilguerito saltando. “¿Eres mi hermano?” —le preguntó el niño.

“¡No, de ninguna manera! —dijo el jilguero. — ¡Qué impertinencia! No encontrarás una persona más aseada que yo en todo el jardín. Ni una sola de mis plumas está fuera de su lugar, y mis huevos son el encanto de todos. ¡Hermano mío, tú!” Abrió sus alas y partió. Y el niño esperaba.

Llegó un cerdo trocando. Benito no deseaba preguntarle si era



su hermano; pero el cerdo no esperó la pregunta.

“¡Hola, hermano!” — gruñó.

“No soy tu hermano” — dijo el niño.

“¡Oh, sí que lo eres! — repuso el cerdo. — Confieso que no estoy orgulloso de ti; pero debo reconocer a los miembros de mi familia. Vamos, pues, y revolquémonos un poco en el chiquero.

Hay allí un lindo barrito negro.”

“No me gusta revolcarme en el lodo” — dijo Benito.

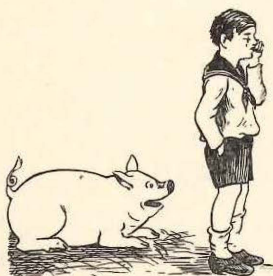
“¿Que no te gusta? — repuso el hermano cerdo. — Mira tus manos, tus zapatos, tu delantal... Ven; te convidaré

con un poco de mi sopa, si hay más de la que necesito.”

“No quiero sopa de cerdo” — protestó el niño, y empezó a llorar.

En ese momento, el hada del Aseo salió al jardín, y le dijo:

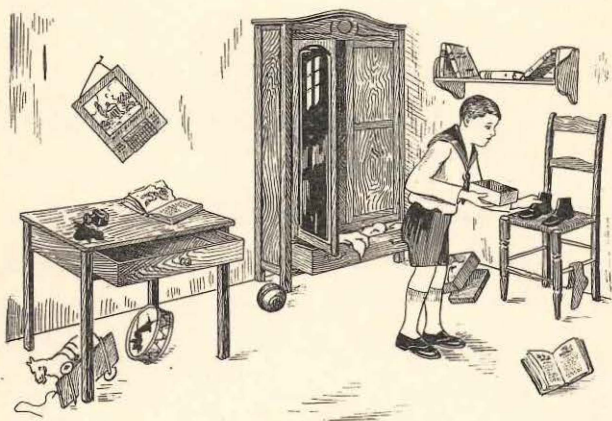
“He puesto todo en orden. Es así como debe quedar... Ahora, dime: ¿Quieres volver conmigo



a tu cuarto y ser un niño cuidadoso; o prefieres ir al chiquero con el hermano cerdo?"

"¡Quiero ir contigo, contigo!" —gritó el niño, agarrándose a los vestidos del hada.

El cerdo gruñó: "¡No pierdo mucho! Habrá más sopa para mí"... Y se alejó trotando.



¿QUIÉN HIZO ESTA MESITA?

—¿Quién hizo esta mesita?

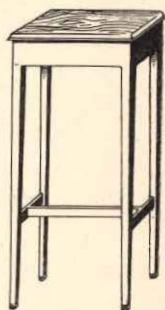
—El *carpintero*.

—¿Me llevarás a ver al carpintero?

—Vamos a la *carpintería*.

En la carpintería, los oficiales y aprendices de carpintero trabajaban con martillos, serruchos, cepillos, barrenas, tenazas y otros instrumentos.

Juntaban las tablas con clavos o las pegaban con cola. Y cuando los muebles estaban terminados, los lustraban.



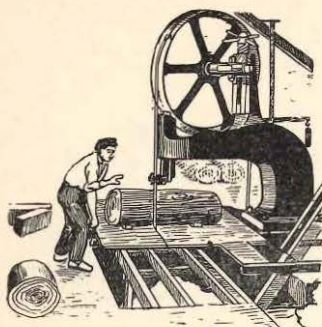
—¿Quién cortó las tablas con que trabajan los carpinteros?

—El *aserrador*.

—¿Me llevarás a ver al aserrador?

—Vamos al *aserradero*.

En el aserradero, las *sierras* circulares daban vueltas movidas por máquinas. Los obreros colocaban allí los troncos, de manera que las sierras los cortaban en rebanadas como de pan, con corteza y todo.



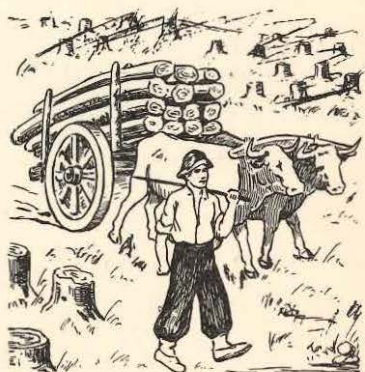
—¿Cómo trajeron estos troncos tan pesados?

—Los trajeron en *camiones* y *carretas*.

—¿Me llevarás a ver las carretas y los camiones?

—Vamos a la *carretera*.

La *carretera* era el camino por donde pasaban las carretas tiradas por bueyes y conducidas por los *carreros*; y los camiones movidos por la fuerza del *motor* y conducidos por los *motoristas*. Camiones y carretas iban carga-



dos con inmensos troncos. Las carretas crujían; los camiones chirriaban.



—¿Quién cortó esos troncos?

—El leñador.

—¿Me llevarás a ver al leñador?

—Vamos al bosque.

En el bosque los leñadores derribaban los árbo-

les, cortándolos por su base con grandes hachas. Los árboles gruesos eran llevados al aserradero. Las mujeres y los chicos juntaban las ramas más finitas para leña.



—¿Y quién plantó los árboles del bosque?

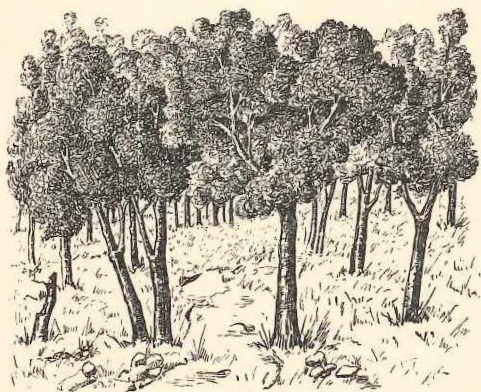
—El viento sembró sus semillas, y los árboles se propagaron.

—¿Me dejarás ver los árboles de cerca?

—Jugaremos a la sombra de los árboles, porque es muy agradable.

Además de dar su madera para muchísimos usos, los árboles purifican y embalsaman el aire, cobijan a los pájaros cantores, y atraen las benéficas lluvias. Sus ramas bajas ofrecen, amablemente, a los niños, hamacas naturales que el viento balancea.

—¡Qué hermoso y qué útil es el bosque!





HADA Y ADITA

Adita, en la puerta de su casa, piensa: “Si fuera un hada, y tuviera una “varita de virtudes”, tocaría a mi muñeca para que hablara y caminará sola. Es cierto que dice *papá* y *mamá*, pero no se ríe, ni me contesta cuando le hablo...”

En eso, pasa Fernando, el pequeño lustrabotas, y Adita le pregunta:

—¿Qué harías tú si tuvieras una varita de virtudes?

—Tendría caramelos, juguetes y libros de figuras...

Adita piensa: "Sin ser un hada, yo tengo todo eso..." Y, ocurriéndole de pronto una idea, dice al chico:

—Yo soy un hada.

—¡Un hada! ¡Tú, que no tienes ni estrella en la frente, ni varita, ni nada? ¡Qué risa!

—¡Tonto! Te lo digo por jugar. Juguemos a que yo soy un hada, y tú un niño trabajador, que me lustras los zapatos.

—¿Las hadas tienen zapatos?

—Las hadas tienen zapatos de oro, pero cuando quieren, se visten como yo para que no las conozcan... Eso es lo que hago ahora. Ya me has dejado brillante mi calzado. ¿Cuánto es?

—Diez centavos...

—Voy a buscarlos. Espera un momento... Tal vez venga el hada a traértelos.

Adita se hace esperar un poco... Fernando piensa que va a suceder algo muy extraño.

Al fin, aparece Adita, envuelta en tules, y adornada con hilos dorados. En la frente lleva una estrella de papel plateado. El hilo dorado y la estrella son regalos de Navidad que Adita tenía

guardados. Además, lleva un palito de tambor, que hace de “varita mágica”.

Fernando se asusta un poco... ¿No será un hada verdadera?

Pero en seguida reconoce la voz de Adita que le dice:

—Soy un hada. Eres un niño bueno trabajador y quiero llevarte conmigo; dame la mano.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Fernando.

—A un palacio encantado.

El cuarto de estudio de los chicos le pareció, en efecto, al pequeño lustrabotas, un palacio encantado. Sobre la mesa había, bien ordenados, juguetes, libros de figuras, y algunos caramelos.

—Toma lo que quieras —dice entonces el hada.

Fernando no se anima; pero Adita echa su velo hacia atrás, y se echa a reír... Fernando se ríe también. ¡Qué divertido es jugar a las hadas!

Por fin, el niño pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Adita.

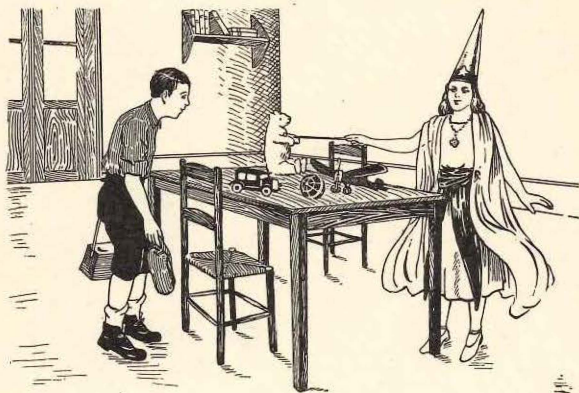
—¿Entonces es verdad que eres un hada?

—Soy Ada, pero sin *hache*.

Fernando, que no va aún a la escuela, no entiende la explicación, pero se queda muy satis-

fecho. Adita lo ve irse con una flautita, una figura, y caramelos.

—¡Qué felices son las hadas!... — piensa. — No necesito hacer hablar a mi muñeca. Todas las veces que pueda, seré el hada de los chicos más pobres que yo, especialmente de los huerfanitos. ¿Será para eso que me llamo Adita?



ESTE ES EL MAPA

DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

En el país hay una provincia; en la provincia una ciudad; en la ciudad una calle; en la calle una escuela; en la escuela una clase; en la clase un pupitre; en el pupitre una caja; en la caja una lapicera. Saco la lapicera y escribo:

Lapicera en la cajita, cajita en el pupitre, pupitre en la clase, clase en la escuela, escuela en la calle, calle en la ciudad, ciudad en la provincia, provincia en el país.

Y éste es el mapa de mi país, que es la República Argentina.

¡Viva la Argentina!



CÓMO SE ESCRIBIÓ ESTE LIBRO

Al llegar a las últimas páginas ¿os gustaría, queridos niños, saber cómo se escribió este libro para vosotros? Escuchad:

Había una vez dos niñas que iban a la escuela, jugaban, y leían en sus libros de lectura, lo mismo que vosotros. Tenían muchos hermanos, y entre todos inventaban los trabajos más interesantes y los juegos más divertidos. Hacían casas, jardines, teatros, orquestas, tiendas, rifas, ejércitos, barcos...

Era una familia muy alegre. Pero era también una familia estudiosa. Todas las tardes podía verse, alrededor de una mesa cubierta de libros y cuadernos, el racimo que formaban las cabezas inclinadas...

Más tarde, esas niñas fueron grandes y se encontraron en el campo, lejos de todos sus amigos y conocidos.

Entonces pudieron apreciar la utilidad de aquellos juegos, estudios y trabajos de la infancia.

Y así, recordando su niñez, quisieron dedicar el tiempo a los niñitos de ahora; para divertirlos

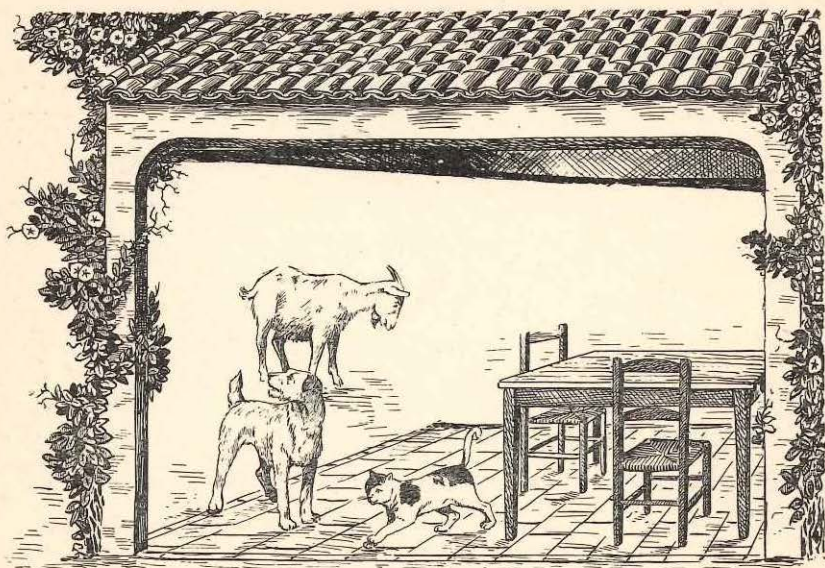


con lo que a ellas les había divertido, para despertarles ese gusto por la lectura, por la música y por el trabajo, que les era un tesoro en la soledad. ¡Ellos podían encontrarse también solos alguna vez!

No creáis, pues, que este libro haya sido escrito por un serio profesor de anteojos de oro, en un solemne escritorio, a la triste luz de una lámpara. No; este libro ha sido escrito bajo los árboles, y en compañía de los pajaritos...

Las niñas de antes —señoritas ahora— tomaron, pues, de nuevo sus cuadernos y sus plumas de escolares... Y sucedió que la naturaleza entera, como si supiera que se trataba de un libro para niños, quiso tomar parte en su trabajo. El viento juguetón las obligó más de una vez a correr tras los papeles, arrancándoselos de las manos. Los árboles dejaron caer sobre las páginas, primero sus flores, como si quisieran perfumarlas, después sus hojas en otoño. Y en invierno, los pajaritos, olvidados del frío, se asomaban por entre las ramas, como curiosos de leer los cuentecitos en que se hablaba de ellos; y, dejando caer, sobre las cabezas inclinadas, el grano que llevaban en sus picos, se ponían a cantar.

Pero cuando la pícara lluvia comenzaba a decir en su lenguaje: “yo también, yo también quiero escribir para los niños”, había que abandonar el sitio delicioso entre los árboles; pues las gotas, creyendo escribir, borraban lo escrito, mientras ejecutaban, sobre el papel, su alegre musiquita de tambor.



Las que escribían el libro refugiábanse entonces bajo el alero del corredor. Allí se guarecían también la cabrita blanca que las seguía balando, como si les dijera: “¡recuerdos a los niños!”; el gato de pelo áspero y amarillo, que poco a poco se había domesticado, hasta acurrucarse mimoso a sus pies; y el picaflor que había tejido su nido, ¿a que no adivináis en dónde?... En un alambrecito que colgaba de una viga del techo. Nido y picaflor parecían un farolito que iluminaba, con sus brillantes colores, el rústico corredor cubierto de enredaderas.

Al caer la tarde, las vacas que volvían de pastar en el campo, se detenían delante del grupo. Con sus miradas dulces y tristes, y alguna vez con sus mugidos, parecían querer recordar sus derechos a figurar en *Hogar*. ¿No eran los vasos de leche tibia y espumosa un don exquisito para los niños?

Esa vuelta de las vacas era la señal para dejar el trabajo. El sol se ponía detrás de las montañas, dándoles los más preciosos colores. Porque había montañas en aquel lugar... Y hacia ellas dirigían sus pasos las niñas grandes, que no habían olvidado aún el placer de subir y de bajar las cuestas...

Cada cosa linda que veían, la examinaban detenidamente, para contarla luego a los niños. ¡Y cuántas cosas vieron! Tantas, que no caben en un libro y han tenido que ponerlas en tres: en éste que se llama *Hogar*, en el que sigue que se llama *Escuela*, y en otro más, que se llama *Lectura*.

De modo, niñitos, que si este libro os gustó, debéis guardarlo, para cuando os den los otros dos. Así tendréis los tres libros juntos. En *Escuela* y en *Lectura* sabréis muchas cosas más de Juan, Adita, Jorge y Tito.

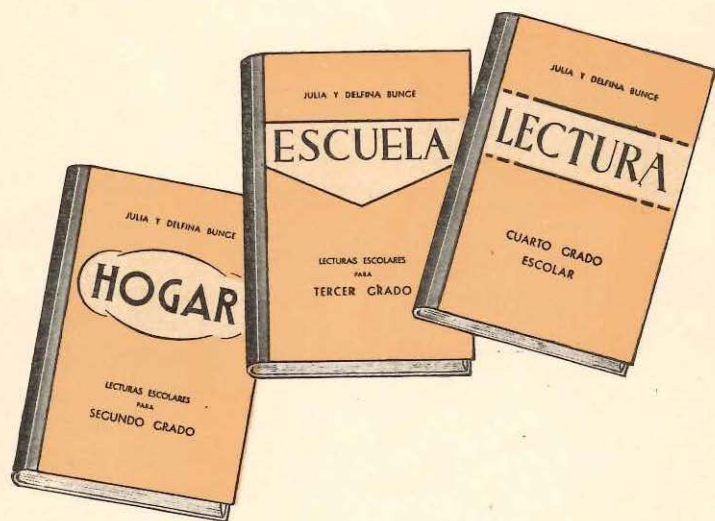
“¿Y los cantos que hemos aprendido en estas páginas?”, preguntaréis.

De noche, cuando los pajaritos habían ya dejado de cantar, cuando dormían también las gallinas y las vacas, y todo era silencio, esas mismas niñas comenzaban a dejar oír sus canciones para alegrar de nuevo la casa. Una de ellas tocaba el piano y la otra cantaba. Así, las largas noches de invierno les parecieron muy cortas. Y así se compusieron y se ensayaron estas cancioncillas que, sin duda, sabréis ya de memoria.

Ya sabéis, pues, queridos niños, cómo se ha escrito este libro y los que le siguen. Y con qué ayudas: la de la lluvia, la del viento, la de las flores y hojas, la de las piedras que ofrecían sus asientos... De modo que, al hablaros de estas cosas, las autoras no dijeron sino lo que veían, lo que oían, y lo que ellas mismas cantaban.

También les fueron una ayuda los mismos niños: aquellos chiquillos del pueblo que, tantas veces, se acercaron a ellas mientras escribían; quizá en la espera de algún cuento... o de alguna golosina.

Esto, algunas vizcachas, las palomitas torcaces y el perro guardián, es todo lo que ha rodeado las páginas que habéis leído y las que en los otros dos libros leeréis. Ellas fueron escritas, para vosotros, bajo los árboles, los días de sol; los de lluvia, bajo el rústico corredor cubierto de enredaderas, e iluminado por los colores del picaflor. Y de noche, junto al piano familiar...



ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
El Arca de Noé	7
La mañana	10
Co-co-ricó (música y palabras)	11
Tito y Pipo	12
Un buen amigo	13
Los juguetes	14
Los juguetes del papá y de la mamá	16
El señor Tic-tac	18
La señora Ding-Dong-Ding (versos)	19
Las visitas	20
Los tíos preferidos	22
Cuadro de familia	24
Lo que pensaba el papá	26
Lo que dibujaba Jorge	27
Lo que cantaba la mamá (versos)	28
El sueño (lámina)	29
Otra familia feliz	30
El rey del gallinero	31
¡Salgamos a pasear?	32
¡Quién soy?	34
¡Cuidado con el fuego!	35
¡Por qué llora Tito?	36
La más trabajadora	37
La Roja	38
Repollita	39
La pastora y sus ovejas (acuarela)	40
Canción de la pastora (versos)	41

	<u>Pág.</u>
La fiesta de los sapos	42
En la mesa	44
Vuela-vuela	46
Un alegre día	48
El piano	50
Aprendamos a cantar (música y versos)	51
El arco iris	52
Juego de colores	54
Consejos de la abuela	56
Hacia la escuela (versos).....	57
Efectos de sombra	58
El santo de mamá (versos)	60
Caza de mariposas	62
La arañita compasiva	64
¿Qué será?	67
Vistiendo la muñeca.....	68
El Invencible	71
Lo que dice Tito (música y versos).....	74
A buen vendedor, buen comprador	76
Por ocultar las travesuras.....	78
La campana (cuento)	79
A pescar	82
Una cosa me encontré.....	84
El herbario	85
La lamparita (cuento de la abuela)	88
Canción de la abuela (versos y música)	91
El amigo del hombre	92
La riqueza de Max	96
El secreto de Adita	99
¡Al trabajo! (música y versos)	102
Casita de barro	104
Los albañiles.....	107

	<u>Pág.</u>
El jardín	110
La muela de Manolo.....	113
La fiesta de Manolo	115
La reina de la noche (cuento)	118
Las islas	121
Los canarios	124
Contemplación (acuarela)	127
Patitas de terciopelo	128
Los funerales del pajarito	129
Historia de una pelota	130
Una siesta en la cocina (versos)	133
El hermanito (cuento)	136
¿Quién hizo esta mesita?	140
Hada y Adita	144
Este es el mapa	148

EPÍLOGO

Cómo se escribió este libro	149
-----------------------------------	-----

